

La Esfera

ATENEODE
BIBLIOTECA
MADRID

Año II * Núm. 88

Precio: 50 céntos

J. Llana





Con el uso del jabón
de HENO de PRAVIA

las huellas de la
edad y de la fati-
ga se desprenden
como un antifaz



A. Ehrmann.

La Esfera

Año II.—Núm. 88

4 Septiembre 1915

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



D. JACINTO BENAVENTE

DIBUJO DE CHERVO

Ilustre literato, cuyo hermoso discurso, como mantenedor en los Juegos Florales celebrados en El Escorial el día 29 del pasado, constituye una página de tanto interés literario como trascendencia nacional



DE LA VIDA QUE PASA EL CINEMATÓGRAFO EN EL TEATRO

Así como los grandes explosivos, empleados hoy para la destrucción, acabarán por ser domesticados para buen servicio de la industria y mayor bienestar del hombre, el cinematógrafo, ahora enemigo y pervertidor del teatro, será, andando el tiempo, uno de sus más firmes y útiles auxiliares.

Lucha, naturalmente, la poesía dramática, para su expansión y su encaje en las inspiraciones que le ofrece el vivir moderno, con dificultades, casi, casi invencibles.

Una de ellas, acaso la mayor, está en las dimensiones, siempre reducidas, por grandes que ellos sean, de los escenarios, donde las obras dramáticas se ofrecen á la contemplación del público.

En muchos escenarios no hay forma posible de dar, con justicia y con plenitud, la impresión de las multitudes ó la de aquellas acciones dramáticas que tienen por fundamento los cataclismos naturales...

Mucho se ha adelantado en escenografía y en todo cuanto puede llegarse, dentro de los medios utilizables hoy, se llega, no ya en los teatros extranjeros, en los de España. María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, han demostrado que no se dejan superar por nadie en la presentación de las obras encomendadas á ellos.

Pero ni ellos ni nadie pueden luchar con lo imposible. Y lo imposible significa, al presente, la capacidad de los escenarios donde actúan las compañías y se desarrollan las acciones dramáticas.

Por mucho que se haga, ¿cómo podrá darse en un escenario la impresión real de un naufragio, el espectáculo de uno ó varios buques combatidos por las furiosas olas, el de los hombres que con ellas pelean y bajo ellas desaparecen tras convulsiones trágicas y gestos supremos de agonía?

Tampoco se dará cabalmente, en condiciones de producir la emoción por los autores deseada, el espectáculo de las multitudes en sus minutos de fiebre, de ira, de dolor ó de regocijos.

Y téngase en cuenta que así como los más importantes problemas modernos son problemas de multitud, de multitud son los principales conflictos dramáticos, que la vida moderna ofrece á la inspiración de los comediógrafos.

Acaso uno de los motivos de la decadencia que sufre en todas partes, á la vez, la literatura dramática, digna de tal nombre, consiste en las invencibles dificultades con que tropiezan los autores para hacer vivir en el escenario aquellos

dramas en que la multitud ó la Naturaleza son primer personaje.

De ahí también, de esas dificultades materiales con que los autores tropiezan para exteriorizar con absoluta plenitud sus dramáticas concepciones, que pueda por algunos, con apariencias de verdad, calificarse la poesía dramática de arte inferior, donde todo son trabas, efectismos y

la Guerrero y Mendoza. A mayores plácemes es aún acreedora la valentía por ellos demostrada al estrenar *Daniel* ante el público de su abono y en el beneficio de Fernando. Tratábase de un drama anarquista, y los ilustres comediantes, sacrificando sus propias ideas y sus conveniencias particulares al respeto del arte y del autor, pelearon como unos héroes frente á un público casi por entero hostil á las tendencias de aquella tragedia popular. Teniendo en cuenta lo que María y Fernando hicieron entonces, es ridículo achacarles ahora presunciones reaccionarias y egófstas hacia la admisión y sostenimiento en los carteles de determinadas comedias. Treinta noches se hizo *Daniel* en el Español, y si no se hizo más fué porque los ingresos materiales no correspondieron al éxito moral del drama.

Pero *Daniel* era una tragedia de multitud, y no obstante la gran labor realizada por Fernando para dar á los momentos dramáticos la mayor realidad posible, cuando vino la representación de la huelga violenta, el sangriento choque entre mineros y soldados, el trágico minuto perdió su plástica emoción. Dentro de unos metros en cuadro no puede representarse una epopeya.

Deficiencias de esta índole son las que pueden suplir el cinematógrafo. ¿Cómo?

Buscando manera de que se unan y se completen en los escenarios las figuras de carne y hueso con las de la cinta cinematográfica; haciendo de esa cinta un fondo en el cual, cataclismos humanos y naturales cataclismos, se proyecten tales como ellos son en la vida real.

Ya se ha intentado la empresa en algunos teatros extranjeros y, si no para tanto, para detalles, se ha echado mano del cinematógrafo en varios teatros de Madrid.

Hasta ahora no se ha conseguido un franco éxito, ni se han puesto en conseguirlo el empeño y la tenacidad que el asunto merece. Valía la pena de que los directores de compañías, los autores y las empresas cinema-

tográficas estudiaran juntos el modo de llevar á la práctica esta idea, que convertida en hecho, abriría ilimitados horizontes en la dramaturgia y permitiría llevar á escena las grandes tragedias humanas que actualmente preocupan al mundo.

En las tragedias modernas ha cambiado por completo la distribución de papeles.

Hoy el personaje principal es *El coro*.

JOAQUÍN DICENTA



MISS GENEVEVE HAMPER

Bella actriz inglesa, felicísima intérprete de las obras de Shakespeare, que actualmente se consagra á la impresión de películas cinematográficas

FOT. UNDERWOOD

convenciones. Fuerza es convenir en que si no esencial, circunstancialmente tienen razón quienes hablan de esa manera.

Recuerdo á este propósito, no por vanidad, porque, tocándome el caso de cerca, pude estudiarlo muy á fondo, lo ocurrido con el estreno de mi drama *Daniel*, en el escenario del teatro Español.

Todo encomio resulta pálido para encarecer el esmero con que ensayaron y presentaron la obra

de la vida que pasa

GENIALIDADES DE HOMBRES CÉLEBRES
EL ENANO BRUSQUET

CÉLEBRE?, preguntará alguno á cuya noticia llegue, por primera vez, el nombre de tan estrambótico personaje.

Sí, señor, célebre, en su tiempo, contestaré yo; un gran personaje. Y célebre, y personaje, en España, adonde lo trajo Felipe II; aunque á decir verdad, todavía ignoro si le incluyo en esta sección por sus genialidades ó por las de sus dueños, los Reyes, que le dieron fama y fortuna en pago de los buenos ratos que les proporcionó con su ingenio y su mala intención, lo cual habla muy lisonjeramente de tales monarcas.

Uno de los más hermosos lienzos de la escuela holandesa, en el Museo del Louvre, y debido al pincel de Antonio Moro, representa al enano Brusquet, que brilló mucho en su tiempo, singularmente en la corte de Francia.

Brusquet, ó por su verdadero nombre Juan Antonio Lombart, era provenzal. Lo avieso y maligno de su carácter no le impidió hacer suerte. Hasta para ser malo son precisos el talento y el ingenio. Brusquet, en opinión de Guillermo Bouchet, poseyó el secreto de ser un ingenioso bufón, sin ser fastidioso, «porque no repitió jamás una misma cosa».

Sus principios fueron más á propósito para perder la cabeza que para levantarla; empezó suplantando á los médicos, como uno de tantos curanderos, que se hacen pasar por cirujanos. De sus carnicerías da idea Brantôme, con estas palabras: «Curaba algunos por casualidad; á los demás los mandaba *ad patres*, en abundancia como moscas...» ¿Escandaloso, verdad? Pues tal fué el origen de su fortuna. En vez de mandarlo ahorcar, por sus asesinatos, se le presentó al Delfín, que más tarde fué Enrique II, el cual, maravillado de su facundia, lo tomó á su servicio.

Encargado del ropero real, tardó muy poco en ser elegido, por el propio Rey, para ayuda de cámara, cargo que compartió con los primeros poetas de su tiempo.

No satisfecho aún con tal honor, se hizo conceder el título de jefe de postas del reino. No había entonces ni coches, ni caballos de relevo; era, pues, el empleo un monopolio seguro y de grandes rendimientos. En poco tiempo el bufón del Rey se hizo rico, no como podría haberse hecho, por aquel honrado medio de ganar el dinero, sino por sus rapiñas, que le dieron más ingresos que su destino. Poseía una incomparable destreza para escamotear los objetos de valor que le apetecían y si al advertirlo algún mal aconsejado víctima se le ocurría, en mal hora, irle con reclamaciones, tenía que huir más que á paso, porque echaba mano á la daga y reparaba tajos y mandobles. Así hizo señaladamente en Bruselas, en casa del duque de Alba, cuando el cardenal de Lorena fué á sellar el tratado de Cateau-Cambresis, en 1559.

Aquel viaje, por cierto, no dejó tampoco de ser de gran provecho para el bufón. Presentado á Felipe II, le cayó tan en gracia al tétrico soberano español que lo contrató en seguida como «loco titular de oficio».

Ya se le atribuía el haber estado en relaciones con Carlos V. A propósito de esto se ha contado que poseía un libro, que era una especie de *Calendario de los locos*, en el que inscribía á todos aquellos á quienes consideraba dignos de llevar el gorro, que, por razón de su burlesco oficio, llevaba él. En tal registro había puesto el nombre de Carlos V de Alemania, cuando siendo rey de Es-



«Carlos I de España y V de Alemania», célebre cuadro del Tiziano, existente en el Museo del Prado



«El enano Brusquet, bufón de Felipe II», pintado por Antonio Moro

paña consintió en atravesar la Francia para trasladarse á Gante. Como Francisco I le preguntase el motivo de su inscripción, le contestó Brusquet: «Porque es preciso estar loco para confiarse así á un príncipe á quien se ha maltratado». «¿Y si yo le dejo pasar?», preguntó, nuevamente, el rey francés. «¡Oh!, en tal caso—replicó el bufón—borraré su nombre y lo sustituiré por el vuestro».

Cuéntase también, aunque se discute la autenticidad de la anécdota, que el propio Carlos V, habiendo visto á Brusquet, mezclado entre los señores de su corte, se acercó á saludarle. «¿Os acordáis del día en que el Condestable de Montmorency, quiso haceros ahorcar?», preguntó el Emperador. «Me acuerdo—respondió Brusquet, mirando y aludiendo á las nudosidades de la gota que paralizaban los dedos de Carlos V—; fué el mismo día en que Vuestra Majestad adquirió esos bellos rubíes y esos carbunclos granates, que adornan hoy vuestra imperial mano». «*Merci de la leçon*—dijo Carlos V, riendo de buena gana—. Me guardaré bien de atacar á un hombre que tan bien sabe parar las estocadas.»

En *Charles Quint: Chronique de sa vie interieur et de sa vie politique*, de Amadée Pichot, refiérese asimismo, que el Emperador, habiendo visto en sus últimos años, á su antiguo bufón, Perico de San Erbas, que le había divertido mucho con sus salidas de tono, le saludó como á un príncipe. «¿Por qué te descubres ante mí?—le preguntó, sorprendido, el bufón—. ¿Para demostrarme que ya no eres Emperador?». «No—dijo Carlos—. Quiere esto decir que no tengo otra cosa que darte que mi saludo».

Felipe II encargó á Brusquet que adiestrase y gobernase á otro bufón que tenía antes á su servicio. Brusquet hizo al pobre diablo víctima de toda clase de crueles burlas y malos tratos, cometió con él herejías y judiadas de todo jaez.

El diabólico Brusquet se permitía toda clase de descaros y de puyas, con magistrados, eclesiásticos, príncipes y señores. A todo el mundo le plantaba cara. De sus choques con el mariscal Strozzi cuenta Brantôme episodios divertidísimos sainetescos, en los que el bufón, no pocas veces y á pesar de su ingenio y de su destreza, llevó la peor parte.

Sin interrupción y sin tropiezo casi, había, después gozado del favor de Enrique II y de Francisco II, hasta que debió su desgracia á las querellas religiosas. Sospechado de complicidad con los hugonotes, su casa fué asaltada y saqueada, y se vió obligado á dejar París á toda prisa, para salvar la vida.

También Carlos IX le había conservado algún tiempo á su servicio.

La asignación anual de Brusquet, por su cargo de bufón, ascendía á 240 libras turnesinas.

Así, ruin de cuerpo y sobrado de malicia, como le inmortalizó Antonio Moro en su viejo lienzo, en el cual, como puede ver el lector, el perro le llega á la altura de la axila, y la cara del enano no permite esperar nada bueno de ella, vivió muy bien y medró, sino físicamente económicamente, más que otros hombres que le aventajaban en talla, física, moral é intelectual.

El maligno enano entregó su espíritu á su Creador, que debió ser el propio Diablo, en casa de Mme. de Valentinois, en el castillo d'Anet, cerca de Dre-
me, en 1570.

E. GONZÁLEZ FIOLE

ARTE CATALAN JUAN BRULL

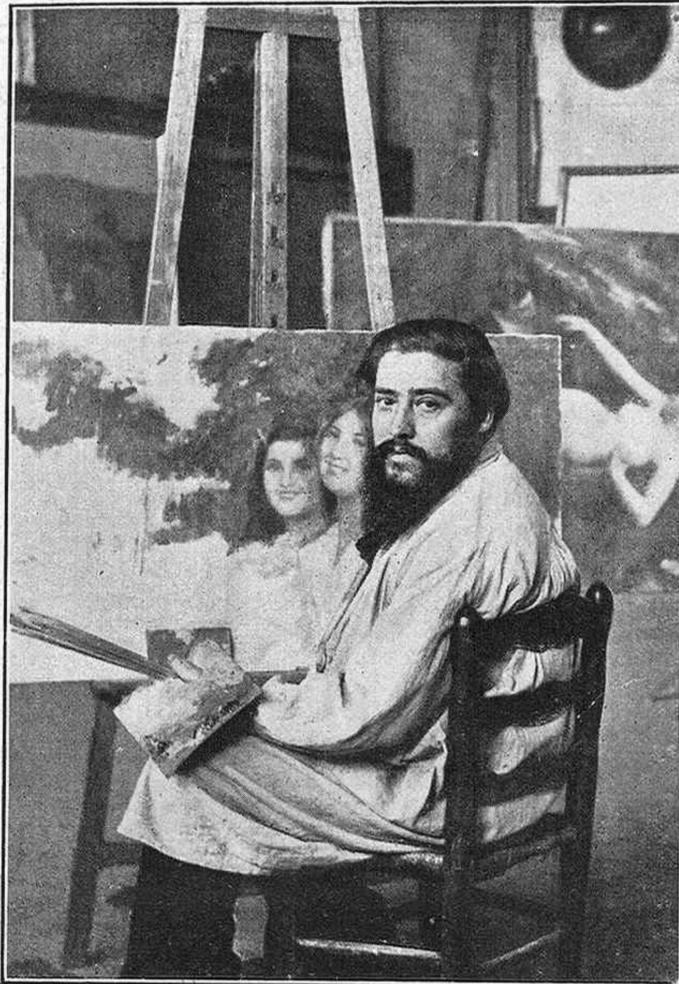


"Safó", cuadro de Juan Brull

EN Febrero del año 1912, se extinguía en Barcelona uno de los artistas catalanes más interesantes y más personales. Sus cuadros tenían un encanto inconfundible y diríase que vagaba en la dulce luz crepuscular que á ellos les envuelve, el presentimiento de la muerte demasiado impaciente por arrebatár al artista.

Juan Brull no había cumplido cuarenta y ocho años, cuando murió. Había nacido el año 1865, en Barcelona, y toda su vida estuvo consagrado á un trabajo incesante, incansable, que acaso le empujara, al mismo tiempo que hacia los senderos sombreados de laureles, hacia las sombrías márgenes donde Caronte aguarda.

Juan Brull empezó á pintar en el estudio



El ilustre pintor D. Juan Brull



"Manuela", cuadro de Juan Brull

de Simón Gómez. Vino luego á Madrid á las órdenes de D. Ramón Padró, á quien ayudó en el decorado de San Carlos y de las Salas de la Diputación de Zamora. Pensionado más tarde por el fabricante don Antonio Garriga, marchó á París, donde obtuvo, en el Salón de 1900, una tercera medalla. Antes había ya conseguido tercera y segunda en la Universal de Barcelona, del año 1888; segundas en las Nacionales de Madrid, de 1897 y 1899 y primera en la Internacional de Barcelona, de 1896, por su cuadro *Ensueño*, que marcaba ya la orientación definitiva de su arte, acentuada, afirmada después del retorno de París.

Decimos la orientación definitiva porque Juan Brull y Viñolas, antes de pintar estos



"Crepúsculo", cuadro de Juan Brull

cuadros en que de tan pasmosa manera se funden la realidad con la fantasía, siguió derroteros bien distintos y no tan laudables. Anduvo como á tientas y por caminos difíciles, sembrados de obstáculos, buscando la verdadera ruta.

Podríamos seguir en el malogrado artista la trayectoria del arte español contemporáneo. Primero, los cuadros históricos *Colón en Salamanca* y *La tonsura del rey Wamba*, lienzos que ya en las postrimerías de su vida hacían sonreír irónicamente al hombre de las barbas negras, de los ojos zahoríes, impregnado de la misma melancolía dulcificadora de los personajes femeninos de sus últimos cuadros.

No sabríamos reprochar á Juan Brull esta primera tendencia, sin que nos avergonzara la conciencia de nuestra injusticia. Imaginó á este hombre llegado á la vida y al arte en plena decadencia. Pero, apenas le fué posible, evolucionó desde aquella pintura intolerable y falsa, hacia la pintura realista, en la que se había de cimentar el glorioso renacimiento del arte español contemporáneo.

De esta segunda época de Juan Brull, son los cuadros «de género», titulados *La Navidad en Barcelona*, *Después del trabajo* y *El cuento de la abuela*. Más libre, más espontáneo al moverse dentro de la realidad, el arte de Juan Brull respondía más al temperamento del pintor. Empezaban á encontrarse su retina y su sensibilidad. Pero todavía faltaba algo... Eran cuadros bien compuestos, bien pintados, representativos de momentos cotidianos que despertaban en nosotros el recuerdo de horas vividas ó simplemente conocidas; pero el espíritu del pintor no surgía aún poderoso é inconfundible.

Por último, *Ensueño*, premiado con la medalla de oro en la Internacional de Barcelona del año 1896, y *Las ninfas del ocaso*, que se conservan en el Museo de Arte Moderno, fijan ya la tendencia definitiva, tan admirable, de Juan Brull. Ya el pintor se ha encontrado á sí mismo. Van su retina, su cerebro y su mano como tres ideales ninfas de alguno de sus lienzos, sonrientes y felices porque hallaron la ruta del ensueño.

Juan Brull se siente más seguro también en la vida. Están un poco lejos los días inciertos del hambre y de las concesiones al mal gusto y á

la ramplonería estética. Está en condiciones de elegir y elige un arte noble, puro, en el que no sería difícil encontrar las huellas del prerrafaelismo inglés, empalidecido y vagaroso. Lo primero que representa esa depuración refinadísima de su arte es la ausencia absoluta, radical, en sus cuadros, de la figura masculina. Brull ya no pintará, hasta que la Guadañadora llame á su puerta sorprendiéndole en pleno éxtasis de

idealismo, sino figuras de mujer. Pero así como prescinde en sus cuadros del hombre, lo borra también de la psicología de sus modelos. Son éstos niñas inocentes, vírgenes consagradas al misticismo cristiano, ó las ideales creaciones del paganismo. Afianzado en la realidad, pinta las tiernas quimeras de la nostalgia y de la melancolía. Realismo é idealismo se compenetran de tal modo en estos lienzos de Juan Brull, que no parece sino que, siendo un pintor de cuerpos, es un contemplador de almas. Aun los mismos desnudos sorprendidos en paisajes de crepúsculo, junto á claras linfas ó simbólicos lirios, son castos, impolutos, como si fueran á disiparse en una sutilísima humareda apenas hubiera alguien tan villano que sintiese la menor concupiscencia frente á la graciosa línea femenil.

Otras veces, las heroínas visten holgadas vestiduras sin época ni nación determinada. Son como ilustraciones de cuentos feéricos, como concreciones de esos abstractos caprichos imaginativos que nos consuelan del dolor pretérito durante las convalecencias demasiado largas...

Los fondos—casi siempre paisajes—donde se mueven estas figuras ó se muestran en sus hieráticas actitudes, responden al mismo credo estético de la vaguedad, de la imprecisión, del idealismo sobre el cual es tan grato reposar nuestros cerebros enfermos de civilización.

Y por último, estos cuadros admirables y sugeridores, tienen nombres que se adaptan por calco maravilloso á la tendencia sentimental y técnica de cada obra: *Insomnio*, *Arco Iris*, *Ninfas del ocaso*, *Cigarras*, *Adelfas*, *Poema*, *Misticismo*, *Añoranza*, *Nostalgia*, *Crepúsculo*, *Oración*...

Por eso la evocación de todos estos cuadros que con emocionada voz nos hablan de los misterios ultraterrenos, parecía destinada á ser hecha ahora, cuando la humanidad se destroza bárbaramente al otro lado de los horizontes y, sobre todo, cuando el artista que las concibiera yace inmóvil para siempre, esperando tal vez el día en que despierte á las vidas castas y felices que supo presentir...

SILVIO LAGO



"Insomnio", cuadro de Brull, que se conserva en el Museo Municipal, de Barcelona



"Misticismo", cuadro de Brull



"Dúo", cuadro de Brull

FOTS. FRANCISCO SERRA



EL JUEGO DE PELOTA (VIZCAYA)

CARICATURISTAS JÓVENES

PEDRO ANTEQUERA AZPIRI

En el Salón Delclaux, de Bilbao, se celebra actualmente una Exposición interesantísima.

Es una serie de caricaturas de costumbres, tipos y paisajes vascos, interpretados con sano humorismo y con acertado sentido decorativo.

No es la primera vez que la tierra vasca, tan maravillosamente reflejada en los lienzos de los hermanos Zubiaurre, tienta los lápices y las plumas de la sátira. Aún están bien recientes los éxitos de los hermanos Arrúe y del dibujante Arcaute, cuyas *charges* personales son de una gracia y un parecido extraordinarios. En cuanto al aspecto literario, no pueden olvidarse los libros de Aranaz Castellanos, que tienen tan pronto precisión de cuadros como la estilización de dibujos satíricos.

Pedro Antequera Azpiri, el autor de las caricaturas vascas expuestas en el Salón Delclaux, es madrileño, aunque desciende, por la línea materna, de antepasados vizcaínos.

Aún está en plena mocedad, y, no obstante, lleva tres años de trabajo silencioso y tranquilo, sin prematuros exhibicionismos ni peligrosas impacencias. Y eso que pudieron envanecerle los laureles tempranamente conquistados. Fue en aquel concurso de caricaturas que organizó *El Imparcial* el año 1912. En este concurso, al que concurren toda clase de dibujantes humorísticos, lo mismo los ya conocidos que los todavía inéditos, obtuvo el primer premio Tomás Pellicer, y el segundo Pedro Antequera. Pero

la personalidad del Sr. Antequera empezó a destacarse—aunque todavía balbuceante y con más atisbos de porvenir que realidades actuales—en su Exposición particular del Centro Maurista, del año 1913.

Con una rara y laudable modestia siguió, en-

tonces, el Sr. Antequera Azpiri los consejos de la crítica.

No le ha preocupado la publicación de sus dibujos; no ha sentido la comezón—muy disculpable, después de todo—, de recordar su nombre a los periódicos, y, en cambio, trabajó incansable y seguro de sí mismo, hasta llegar a estas caricaturas vascas de hoy, que debemos elogiar sin reserva de ningún género.

Veintisiete obras componen la Exposición del Sr. Antequera, y no es ninguna de ellas inferior a las tres que reproducimos. Tan rebosantes de gracia, de espíritu observador, de maestría técnica como *Bersolaris*, *¡Ai ene!* y *Juego de pelota*, son las restantes obras, donde Pedro Antequera reproduce episodios muy representativos de la vida vasca.

Son estos, por ejemplo, *El americano*, el concurso de *Chistularis*, *Regreso de una gira*, *En el mercado*, *De hacer amaiketako*, *¿Será por mí?*, *De la vía láctea*, *¿Quiéren ir en bote?*, *Venid, hijos míos*.

Por último, expone varios abanicos de seda, con pintorescas escenas de romerías vascas y verbenas madrileñas, y volvemos a encontrar en ellos las observaciones ingeniosas, los sabios acordes cromáticos y la juvenil alegría, sobre todo, que harán muy pronto de Antequera Azpiri uno de los primeros caricaturistas contemporáneos.

S. L.



PEDRO ANTEQUERA AZPIRI
Notable caricaturista



EL DRAMA DE LAS NUBES LA TEMPESTAD EN LA ALDEA

El cielo azul, luminoso, diáfano y el sol que brilla con esplendores caniculares, aseguran la alegría de la vida ciudadana, pero empiezan a despertar la zozobra y el temor en la aldea.

Para la población populosa, que vive de su industria, del movimiento comercial y burocrático, el sol, brillando radiante en un cielo sin nubes, no es una amenaza al bienestar, pero en la villa, que tiene cifrado su porvenir en las cosechas, en el campo fértil, en la copiosa recolección, una sequía prolongada, un sol pertinaz y calcinante, amenaza con la ruina, con la miseria, con el hambre.

Los que vivimos en la Corte ó en una populosa urbe, no concedemos gran importancia á estas cosas del cielo, más que por el placer ó la molestia que nos causan, y no solemos acordarnos de que constituyen la preocupación más honda de la vida aldeana.

Sin embargo, los fenómenos atmosféricos influyen poderosamente en el bienestar de los que de ellos no se cuidan, tanto, aunque no tan inmediata y directamente, como en el de los que viven de la prosperidad de los campos, del fruto de la tierra y de las labores agrícolas, porque si el sol agosta las cosechas ó la tormenta las arrasa, la vida de las poblaciones se encarecerá en proporción de la miseria que el desastre aldeano ocasionara en la campiña. Pero es claro que en ésta solamente tendrá el hecho caracteres de drama.

ooo

A medida que se prolongan los días luminosos, cunde el desasosiego en la villa humilde. Los campos florecientes, en que la siembra se mostraba espléndida, prometiendo una abundante recolección, sedientos por la prolongada sequía, abrasados por los rayos solares, comienzan á mostrar síntomas de abatimiento y de marchitez.

Si el cielo permanece limpio unos días más, la siembra podrá considerarse irremisiblemente perdida. Los pobres aldeanos, miran con impa-

ciencia á las alturas. Su zozobra se convierte en desesperación al observar que en el dilatado azul no se dibuja una sola nube. Es preciso hacer algo, recurrir al poder divino. En la plaza del Ayuntamiento, reunidos los labradores, acuerdan solicitar del concejo que interponga su influencia con el párroco para celebrar una rogativa. La idea ha partido de las mujeres, pero como á los hombres no se les ocurre cosa mejor, más eficaz y concluyente, deciden poner en planta el piadoso consejo de las hembras.

Y allá va el buen alcalde, rodeado de lo más florido del concejo y seguido de buen golpe de labradores, camino de la Iglesia.

No es el padre Indalecio muy partidario de sacar á la Virgen en andas, fuera de los días de procesión, pero ante la insistencia de los municipales, accede á ello, y atendiendo á lo apremiante del caso, se conviene en celebrar la ceremonia al siguiente día.

A punto de las nueve de la mañana ya está en la Iglesia todo el pueblo, con la indumentaria de los domingos, y organizada la comitiva, diríjese la procesión lentamente al campo. Hombres y mujeres llevan el rostro compungido, como corresponde á su fervor y á la índole de la ceremonia. Las campesinas, moviendo rítmicamente sus campanudas sayas de fiesta y tocadas con el pañuelo rameado de vistosos colores, van musitando una plegaria. Ellos piden á Dios calladamente el agua redentora, más sin mover los labios, sin que el fervor de la demanda inmude sus rostros curtidos por el sol que ensombrecen los paveros de ala descomunal. Hasta los concejales republicanos, doblemente interesados por el bien del pueblo y por la salvación de sus cosechas, muestran en el acto una devoción impropia de lo avanzado de sus ideas, impías habitualmente.

Cumplido todo el ritual, la procesión regresa al pueblo, y se disuelve ante la Iglesia.

Con la natural impaciencia en los ánimos transcurre el día. Pero al caer la tarde, apenas la luna ha dibujado en el cielo su plateado dis-

co, la aureola blanquecina, de que se muestra circundada, hace estremecer de júbilo y de unción á los campesinos. Y por si esto no fuera anuncio bastante de próxima lluvia, allá en la lejanía del horizonte bosquejándose unas nubecillas...

El milagro está hecho. ¿Quién osaría dudar de él? El pueblo todo, presa de una fe inquebrantable, habría arrastrado sin piedad al que se hubiera atrevido á atribuir el hecho á una coincidencia.

ooo

Cubierto de nubarrones densos y plomizos, muéstrase el cielo al amanecer, y, al poco tiempo, descarga la tormenta copiosamente. Huele á tierra mojada, que absorbe ansiosa el agua de las nubes. Los sembrados se yerguen y trae el aire aromas deliciosos de campiña fresca, que ensanchan los pulmones.

Pero la lluvia arrecia y á poco se convierte en pedrisco, que cae con fuerza aterradora, como si las nubes lo dispararan. Unos minutos más han bastado para convertir la bienhechora lluvia en furiosa pedrea, que rebota en las techumbres de las casas y salta al chocar en los guijos del suelo, y rompe los cristales de las ventanas y siembra el espanto y la desolación en la aldea toda.

Unas horas después, cuando la turbonada cesa, cuando el pedrisco, arrastrado por el agua cenagosa, resbala por las calles en cuesta, convertidas en ríos, el campo, antes tan fértil, da terror; la siembra tronchada, destruída, forma montones con la tierra encharcada en que antes se erguía y en toda la extensión que abarcan los ojos no se divisa una mata en pie.

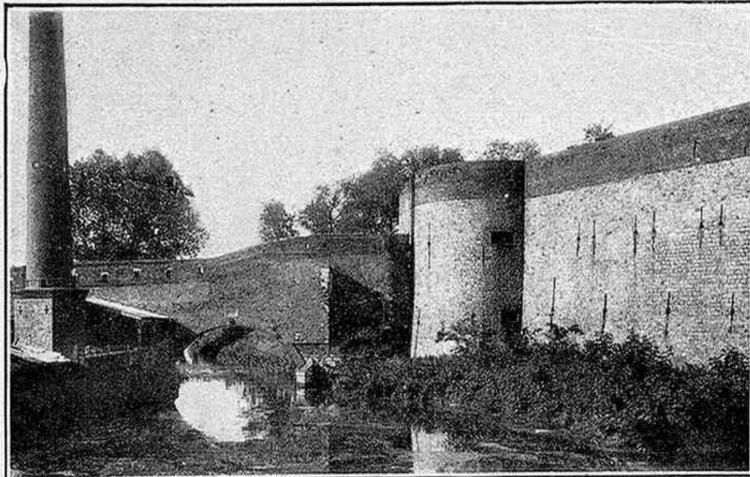
Los pobres aldeanos, inermes ante aquel cuadro de desolación y de ruina, interrogan al cielo.

Sobre la torre de la Iglesia, aún se cierne, amenazadora y terrible, aquella nube negra que, al descargar su furia sobre los campos, fértiles por la labor del hombre, sembró en ellos la muerte.

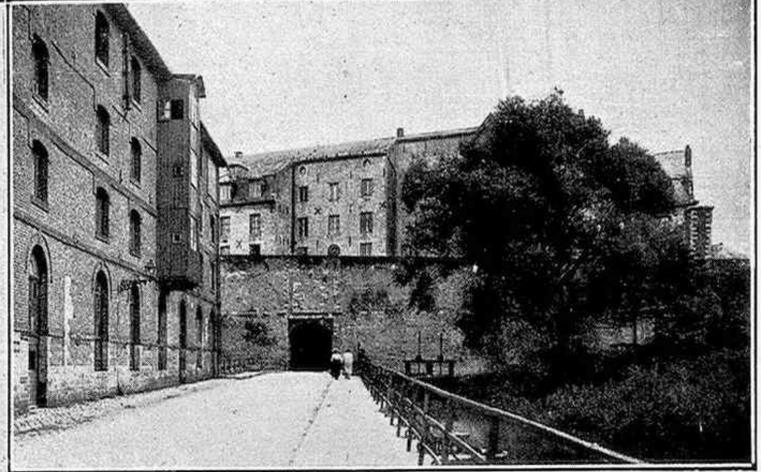
DIEGO DE LEÓN

FOT. PAOL SOLLMANN

CIUDADES DE LA GUERRA
CAMBRAY, CORTE DE REYES Y DAMAS



Torre del castillo de Selles



Puerta del castillo de Selles



Iglesia de Saint-Cloud

HASTA fines del siglo XIV fué Cambray ciudad del Imperio germánico. Luego, durante casi un siglo, fué española. Ante estos muros conquistó su gloria un esforzado capitán español, el Conde de Fuentes, que en mes y medio sitió y rindió la plaza fortísima, que años atrás había sabido resistir las huestes del propio Farnesio. Es absurdo, es inverosímil, es criminal que en España se hayan olvidado estas puras glorias nacionales. Porque, si se recordaran, se caería en la cuenta de que nuestros derechos históricos pueden alegarse en cualquier congreso de contratantes de una paz. Y haga usted el favor, amigo lector, de preguntar por ahí, á sus amigos, médicos, abogados, profesores, comerciantes, así de pronto, si saben cómo el Conde de Fuentes conquistó á Cambray y cómo la tuvo amarrada, ochenta y dos años, á la corona de España.

Todavía hay allí casas españolas, viejos edificios que la ciudad conserva como reliquias y que tienen la misma arquitectura de otras casas que los españoles edificaron en Arras y en otras ciudades picardas y flamencas.

La guerra actual ha llegado hasta Cambray, precisamente al siglo justo de haberla asaltado y tomado los ingleses, que la retuvieron tres años en su poder. Así Cambray sabe bien los azares de la guerra. Hasta los húngaros antiguamente habían asaltado sus muros y la habían poseído.

Pero más que por ésto, más que por sus viejos castillos y sus cuadros de

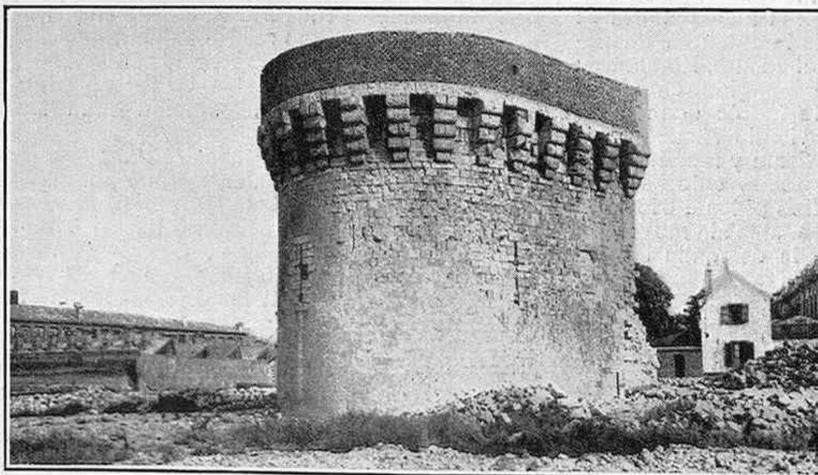
Rubens y sus esculturas de Angers y sus arcos, restos de las formidables murallas que cercaron los españoles, Cambray es famosa porque fué corte de reyes y corte de damas. Fué allí, precisamente ante la amenaza española, donde se hizo gloriosa una mujer, Renée de Clermont. Era la

esposa del empingorotado señor de Balagny, Juan de Monluc, príncipe de Cambray y Cambresis, mariscal de Francia y gobernador de la plaza cuando llegó ante ella con sus tropas españolas el Conde de Fuentes. Cuando se vió cercado de tal ejército el Sr. Balagny, no supo hacer cosa mejor que pedir socorro á su Rey Enrique IV, y como fueran mínimos los que le llegaron, cayó en un ridículo desfallecimiento de ánimo. El príncipe tenía razón. Sus rapiñas y arbitrariedades habían sido tales y de tal cuantía, que sabía bien que sus súbditos le aborrecían de muerte. Entonces su mujer, Renata de Clermont, que era, á más de joven, de extremada y altiva belleza, se lanzó á las calles excitando el patriotismo de unos, increpando la cobardía de otros, suplicando á los señores, arengando á los soldados,

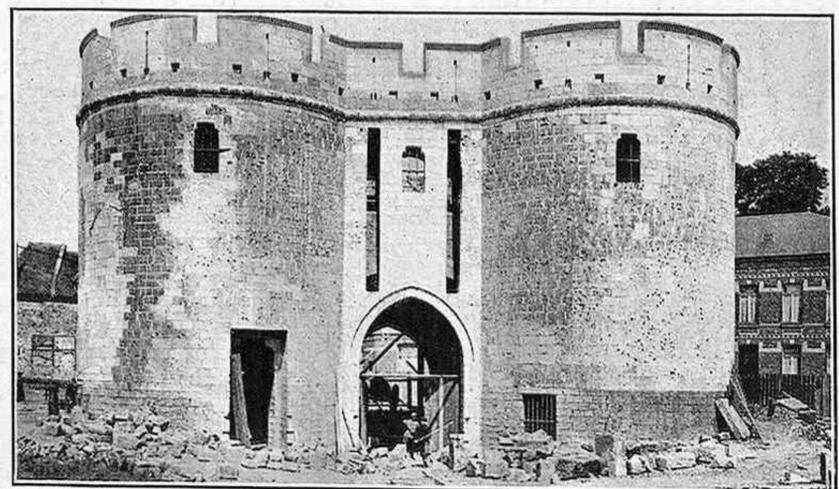
infundiendo valor y esperanzas. Así pudo contener á la ciudad muchos días. Porque la ciudad quería rendirse, temerosa del saqueo si era tomada violentamente. Dijérase que Cambray, en las adversidades y mudanzas de su historia, ha aprendido á rendirse. De un siglo á otro los abuelos enseñan á sus nietos que ciudad sitiada es ciudad tomada, y que ciudad tomada por la fuerza es ciudad entregada á las licencias de la soldadesca. Así, cuanto que Cambray se ve cercada—la pobre ha conocido tantos dueños—y tarda en llegar un ejército hermano que obligue al agresor á levantar el cerco, Cambray se rinde y salva sus monumentos, sus viejos muros llenos de poesía,



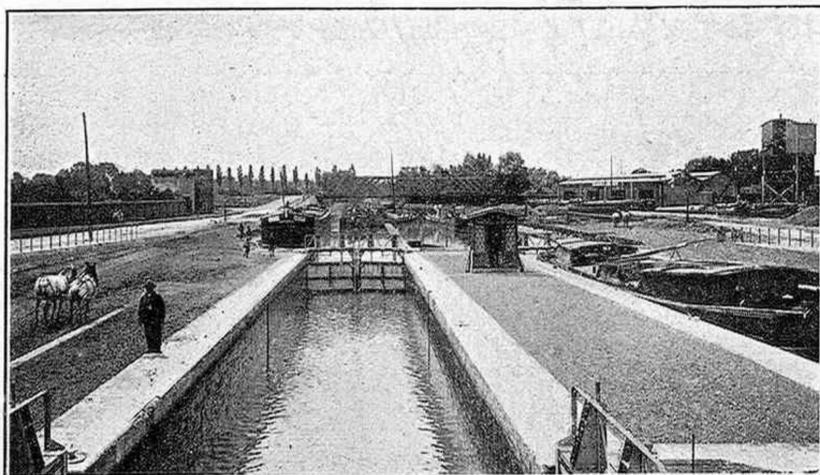
Calle del Mercado



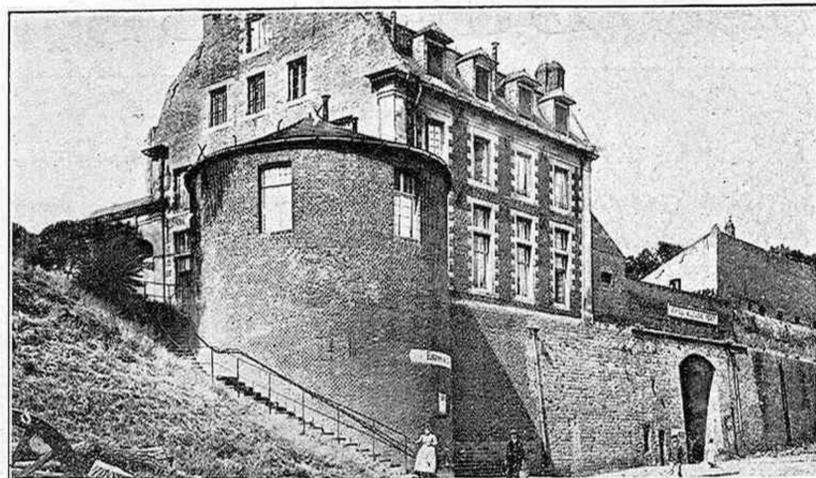
Torre de Abancourt



Puerta de Paris



El canal de San Quintín



Hospital Militar

sus obras de arte y sus riquezas materiales. Así, Renata de Clermont pudo mantener sumisa á la población casi un mes; pero los refuerzos amigos no llegaban y los españoles apretaban el cerco demasiado. Ya un día, los veintisiete cañones que llevaba el Conde de Fuentes comenzaron á atronar el espacio. Estalló un tumulto en la ciudad. El empingorotado mariscal de Francia tuvo que huir y refugiarse en la ciudadela con sus tropas, dejando á los vecinos dueños de la ciudad. Unos comisionados salieron hacia el campo del sitiador, mientras en los muros se alzaban banderas blancas. El Conde de Fuentes fué generoso en las capitulaciones. Entraron los españoles en Cambray. A los pocos días se rindió la ciudadela y se concedió á los vencidos todos los honores de la guerra. Salieron con sus banderas, armas y tambores; pero Cambray ve con asombro que las banderas no van desplegadas y enhiestas, que los soldados llevan las armas bajo el brazo y hacia abajo y que los tambores redoblan una marcha fúnebre. Es, que en medio de las tropas, va el cadáver de Renata de Clermont, que no quiso sobrevivir á la deshonra de su marido.

Mujeres admirables también, aquella Margarita de Austria, tía del Emperador Carlos V, y Luisa de Saboya, madre del Rey Francisco I de Francia, grandes damas capaces de gobernar el mundo. Francisco I, preso en Madrid, en la torre de los Lujanes, recobró su libertad después de firmar un tratado con nuestro Carlos I de España y V de Alemania, y, apenas devuelto á su país y recobrado su trono, se negó á cumplir lo pactado. Lleno de ira el monarca español volvió á guerrear para que Europa no le creyera falto de fuerza, pero no porque no se diera cuenta de que todas las naciones, incluso España vencedora, ansiaban la paz. Entonces fué cuando se reunieron en Cambray la tía del Emperador y la madre del Rey, y allí concertaron y firmaron el llamado tratado de *las Damas*. De este tratado se ha dicho que la madre fué débil, como verdadera madre, y la tía fué artera, como verdadera tía. De esta negociación, Francisco I salió más deshonrado que estaba. La única concesión que hizo la embajadora de Carlos V, fué no reclamar por entonces la restitución de la Borgoña, á condición de reservarse sus derechos sobre aquel ducado, quedándose, en cambio, con el Charolais, que volvería á Francia cuando acaeciera la muerte del Emperador. Francisco I concedía todo lo que había ofrecido en el tratado de Madrid. Pagó dos millones de escudos de oro por el rescate de sus hijos, que estaban en rehenes; cedía sus derechos á Flandes y al Artois y las plazas que poseía en el Milanesado, renunciando, además, á sus pretensiones sobre Nápoles, Milán, Génova y demás ciudades situadas al otro lado de los Alpes. Como si todo esto fuese poco, la astuta embajadora de Carlos V, endosaba á Francisco I, en matrimonio, á su sobrina

Leonor, viuda del rey de Portugal y hermana de Carlos, que con la edad y las penas estaba ya un poquito pasada.

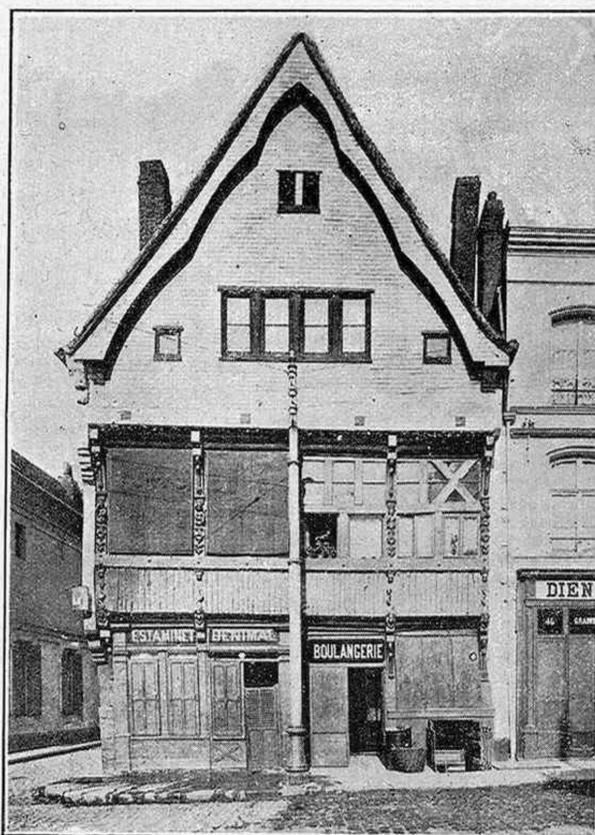
Ante estos hechos el recuerdo de aquellos reyes francos que desde Clodión hasta Clodoveo, hicieron de Cambray corte y capital de su reino, palidece, así como también parece inútil hablar de los tratos diplomáticos en que anduvieron el Papa y los reyes de Francia, Alemania y España, rey ya de Nápoles también, para llegar á concertar la llamada Liga de Cambray, que se proponía destruir el creciente poderío de Venecia.

Porque estoy oyendo á mi lector preguntarme cuándo y cómo nos echaron de Cambray á los españoles. Nos echó Luis XIV en persona, que hizo los preparativos con calma y previsión que no se acostumbraban en aquella época, mientras España—siempre la imprevisora España—, tenía las murallas tal como quedarán del cerco puesto por ella misma, ochenta y dos años antes. Allí quedó la gloria de un gran capitán, de Pedro Zavala, porque como he dicho antes, la población civil de Cambray, apenas se ve sitiada, siente la tentación de rendirse. A Pedro Zavala le ocurrió lo mismo que al Sr. de Balagny y, como éste, tuvo que refugiarse en la ciudadela. Como entramos los españoles entraron los franceses. Como los echamos á ellos, nos echaron á nosotros.

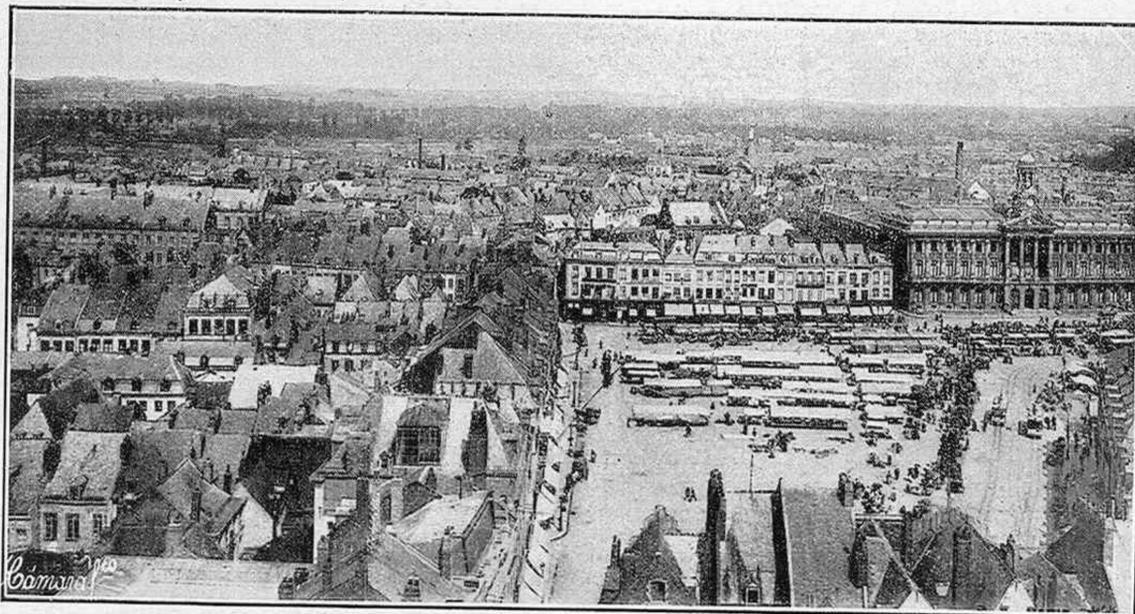
Difícil era que España, por fuerte que hubiese sido, por hábil diplomacia que hubiera tenido, pudiera mantener mucho tiempo su dominio en las tierras de Flandes y Picardía, como hubiera sido absurdo soñar con mantener el dominio sobre Nápoles. Tierras que no estaban unidas á nuestras fronteras, enclavadas en sitios estratégicos del Continente, pobladas por gente que no eran de nuestra raza y que se sentían afrentadas con nuestra dominación; eran tierras que fatalmente habían de escaparse de nuestras manos. Pero lo absurdo, tanto como la inutilidad de la posesión, fué la facilidad con que todo ello se perdió, sin compensación ninguna, sin que quedara huella de nuestro paso, ni lazo que nos uniera. Fué el mismo fenómeno que se dió en Cuba y Filipinas. Todas las grandes naciones han perdido territorios, pero han perdido el poder político y han mantenido otras relaciones. De nosotros en Flandes y Picardía no queda más que el mudo testimonio de algunos edificios.

Acaso algo más; quedan semi-las de odio. Contra España se ha mantenido siempre en estos territorios que fueron nuestros una siniestra propaganda. La verdad honrada es que no fuimos en nuestras conquistas y dominaciones mejores ni peores que fueron los demás pueblos. Fuimos como fué el tiempo en que nuestros capitanes conquistaban territorios para España.

Ahora, á ciencia cierta no sabemos lo que haya ocurrido en Cambray. Lo que sí parece seguro es que no ha sido destruida como Arras. La fuerza de la tradición...

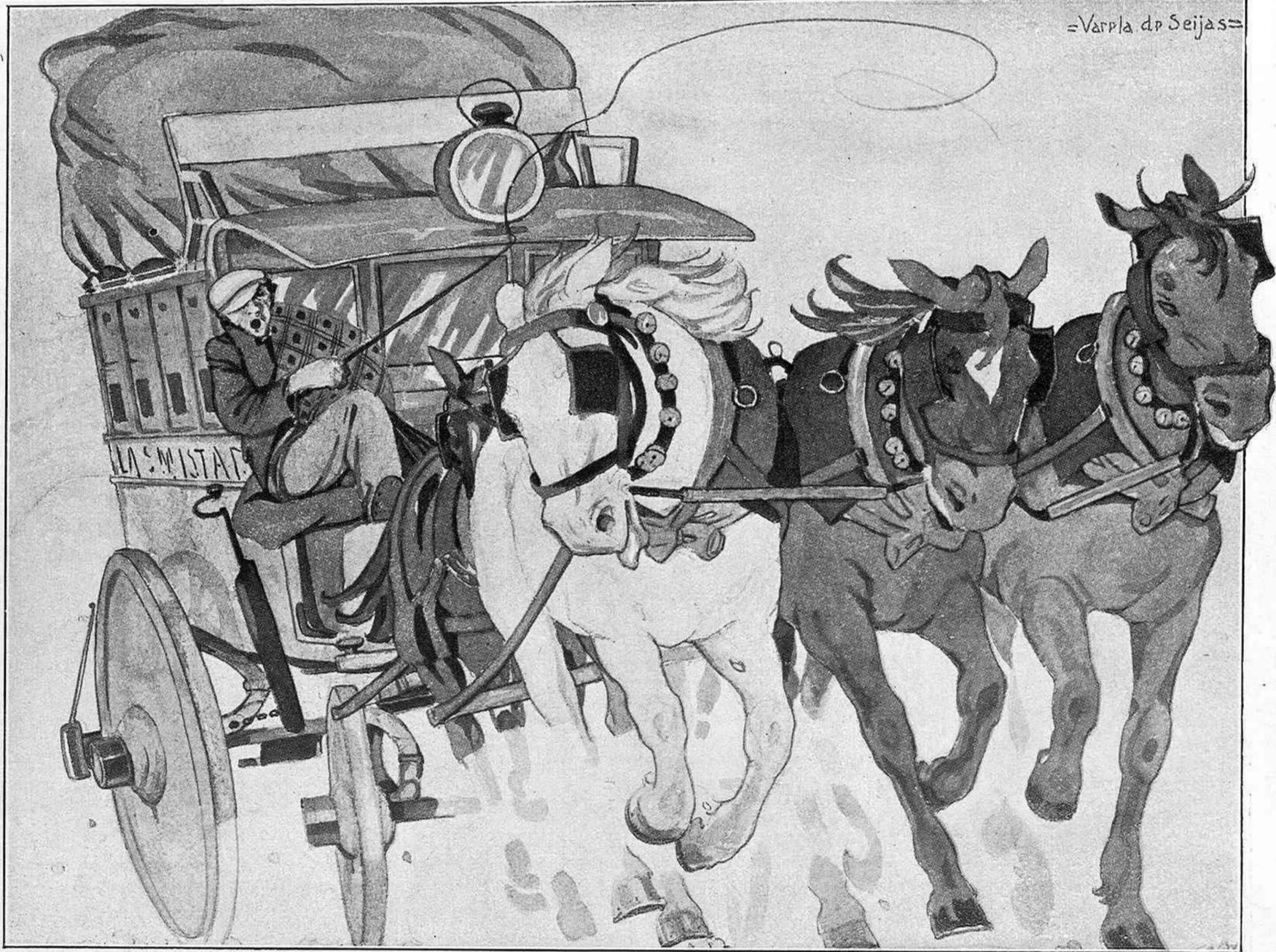


Casa española



Vista general de Cambray, en la que destacan la plaza de Armas y el palacio del Ayuntamiento

MÍNIMO ESPAÑOL



❖ MI CACIQUE ❖

Cuento es lo que se cuenta, lo que se narra, lo que se refiere, es decir, la relación de un hecho pasado y á personas que no lo presenciaron. Dentro de esta definición, cabe perfectamente la verdad y la mentira, el cuento real, con los adornos de la palabra del contador ó cuentero ó cuentista, y el cuento fantástico, en que todo es fruto de la imaginación, aunque también se da como acaecido, efectivamente, aquello que jamás pudo ocurrir. Esta segunda manera de contar cuentos se dirige casi en absoluto á los niños; la primera va más bien para los hombres, y son unos cuentos que serían historias sólo con incluirse en un libro de cosas aburridas y en el que abundaran las fechas y los nombres propios.

Mi cacique pertenece al primer ciclo y, con un poco de ampliación en la figura, podría pasar, á maravilla, por un tipo representativo de la política municipal de manga por sayo y de Ayuntamiento por montera.

Pongámosle de prestado nombre y apellidos, pongamos la acción en Navarra—aunque ya juro que no fué en Navarra el lance—y vamos con el cuento.

En los tiempos, relativamente, lejanos en que yo buscaba la representación parlamentaria de diputado á Cortes, llevéme la voluntad paterna á un distrito, cunero por esencia, presencia y potencia. Allí se daba el acta—y creo que sigue dándose, para mayor gloria del sufragio universal—sin conocer al candidato y sobrándole con serlo á propuesta ministerial.

Toda esta provincia á que me refiero era el paraíso terrenal de los cuneros y la tierra de promisión de los gobernantes. Las actas se presentaban en blanco é iban llenándose con una lista de elegidos, que el gobernador llevaba en los bolsillos de su casaca ó en las mallas de su fajín.

Contaba yo entonces con el apoyo del Gobierno y, naturalmente, contaba en absoluto con el cuerpo electoral. Pero se me ocurrió—¡cosas de primerizo y candideces de neófito...!—recorrer el distrito, crearle amistades y asegurar las futuras elecciones de oposición.

Y en estas andanzas me dieron el primer susto político de mi vida. No sólo era inútil el manifestar aspiraciones para lo porvenir sino que peligraba también aquella misma elección del momento, porque el secretario del pueblo más importante y de mayor censo se negaba en redondo á *violentar la libre emisión del sufragio*.

¿La libre emisión del sufragio...? ¡Hermosa frase, que compendia los derechos políticos!

Pero con esa hermosura no hay seguro ningún candidato ministerial y salen únicamente los de oposición. Comprenderán ustedes que el caso era de pánico...

¿Cómo se le pudo ocurrir á D. Facundiño Gómez—*Jomez*, según pronunciaban sus contemporáneos—un desatino semejante? ¿Cómo era posible que á D. Facundiño, persona dignísima, que, por adicto y por fiel, se le otorgara confiadamente aquella secretaría de aquel Ayuntamiento, nos saliera ahora con la monserga de la libre emisión?

Y como las noticias acentuaban la catástrofe de mi flamante papel y el peligro inminente de mi derrota, hubo que apelar á los grandes recursos. Cogí de un brazo al representante local de la política, de no libre emisión, subimos él y yo á un coche, que nos condujo velozmente, á fuerza de propinas al cochero y de palos á los caballejos, y una vez llegados al límite de nuestro viaje por la carretera, montamos ambos en dos cabalgaduras montaraces, que nos tenían preparadas para hacer las tres leguas de montaña, que aún nos separaban del pueblo en cuestión, y del secretario más en cuestión todavía.

La yegua que tuvo el honor de conducirme en aquella memorable jornada, no era gran cosa para caminar rápidamente, pero, en cambio, era maravillosa para una fotografía de la fama de mi distrito. Tenía barba y perilla, los cuatro cascos se ocultaban en unas matas de pelos abundantísimos; las crines eran de selva virgen y la cola arrastraba por el suelo, salvo en las circunstancias ¡ay! muy frecuentes, en que un tábano picaba en los lomos de la yegua y ésta se lo sacudía abanicándose con el rabo... y de paso zurrándome á mí, su noble jinete...

¡Vaya todo por Dios... y por el sufragio! Llegamos. D. Facundiño Gómez, solícito y sonriente, me recibió afectuoso, extrayéndome del bosque en que cabalgara, y nos condujo luego á una habitación en donde había preparado un suculento refrigerio.

A la par que con las viandas, embestimos con el secretario. Si el jefe local hablaba, yo comía;

=Varra de Seijas=

si yo comía, hablaba el jefe, y así los dos realizábamos la santa misión que nos llevaba.

Don Facundiño, viejo, calvo, gordo y colorado, sabía aunar los dos extremos y hablaba, á boca llena, con lo que además tenía la ventaja de que era imposible entenderle, que fué su primer propósito en aquella conversación.

Al fin se desenmarañó algo lo que decía, á fuerza de apurarle para que contestara.

—Necesitamos saber, fijamente, si es verdad ó no, que usted se halla dispuesto á que se abran los colegios electorales y á que cada elector vote á quien le parezca.

—Es verdad; sí, señor.

—¿Y por qué hace usted tal majadería?

—Porque soy liberal, señor.

—¡Eso á mí no me importa!—rugió el jefe local.

—Ni á mí tampoco...—respondió, humildemente, D. Facundiño—pero soy liberal, señor.

—¡Y qué es lo que va á ocurrir, entonces!

—Pues ocurrirá que cada ciudadano, según está mandado por la ley, hará el domingo la libre emisión del sufragio.

—¿Y si quieren votar á D. Fulano? (*Don Fulano era el enemigo.*)

—Votarán á D. Fulano...—replicó, cachazudamente, el secretario—que para eso tenemos todos la libertad del voto, y si quieren votar á Ruiz Zorrilla, votarán á Ruiz Zorrilla, y si quieren votar á Sagasta, votarán á Sagasta. Cada ciudadano vota á quien le de la gana.

—¿Y para eso le di yo á usted el destino?

—¡Yo de mis ideas no me apeo!

—¿Pero no comprende usted, grandísimo zoque, que así vamos á perder las elecciones?

—¿Y qué han de perder, señor...?

—¿Cómo que no?

—¡Como que no! ¡Eso es bien claro!

—¿Pero, no dice usted que votarán á quien quieran?

—Naturalmente. Ellos votarán el nombre que les dé la gana y yo pondré en el acta el nombre que me dé la gana á mí. ¿Es que la libertad iba á ser para ellos solamente? ¡No señor, para todos!

—De modo que, aún suponiendo que los 800 votos de aquí vayan para Ruiz Zorrilla, ¿usted

pone en el acta el nombre del señor?... (*El señor era yo...*)

—Naturalmente. Al señor, con los 800 votos. Esa es mi libertad y nadie me la priva. ¡Vaya, hombre! ¡Tendría que ver que me discutieran eso, después de dejarles votar á quien les dé la gana...!

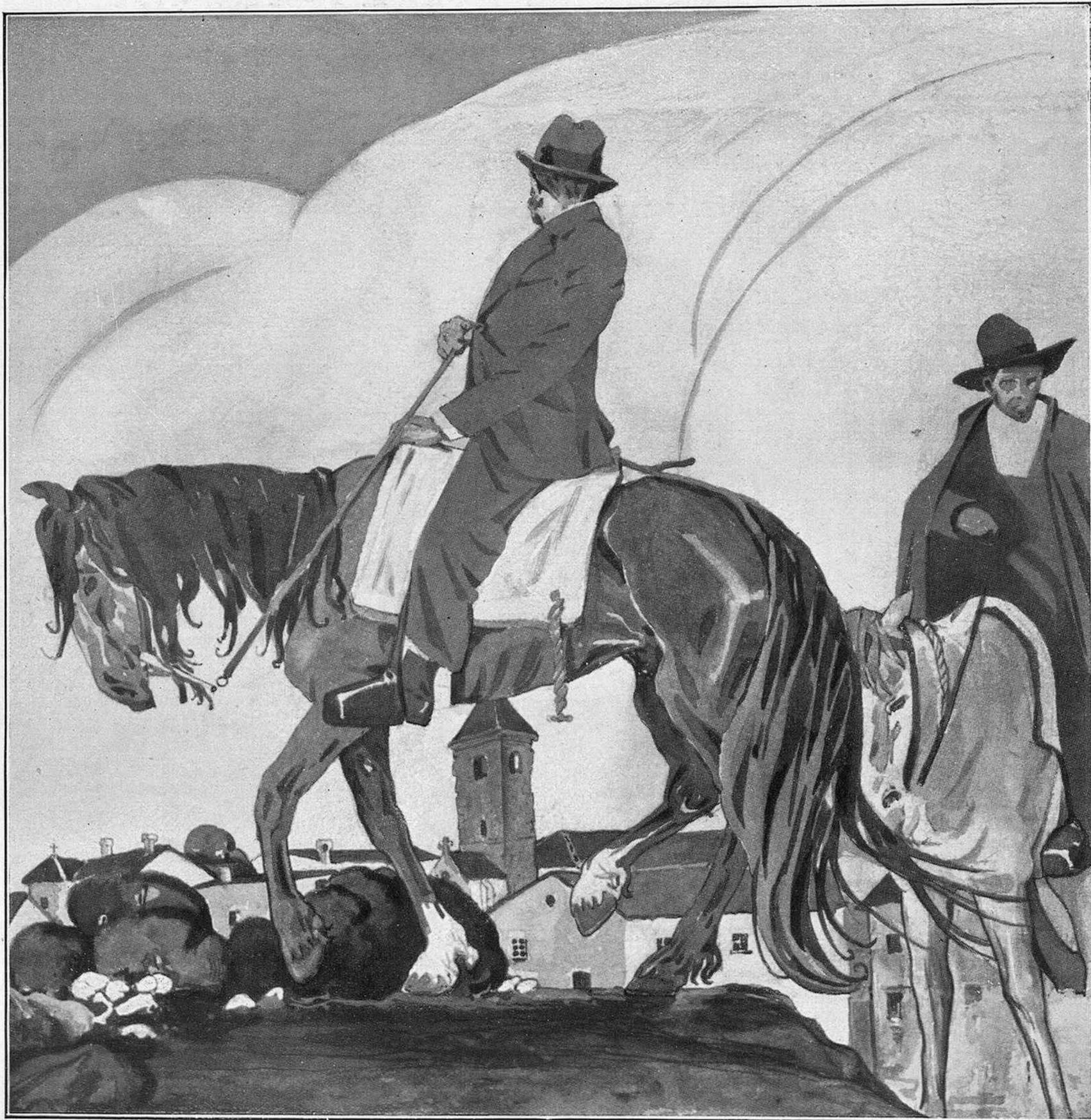
El jefe local abrazó á D. Facundiño; yo, aprovechando el grupo, abracé á los dos... y sobre los tres brilló, majestuosa y espléndida, la clara luz del sufragio universal, bien entendida y aplicada por D. Facundiño Gómez—ó *Jomez*, según pronunciaban sus contemporáneos.

Y al retirarnos, emprendiendo la marcha de regreso... y para evitarle las molestias á D. Facundiño de tener que enviar el acta, nos la llevamos ya, sellada con el del Ayuntamiento y firmada por el señor secretario y los Presidentes de las mesas...

Después de todo, no faltaban más que dos días para la elección...

MANUEL LINARES RIVAS

DIBUJOS DE VARELA DE SEIJAS



FECHAS MEMORABLES
LA HEROICA DEFENSA DE FUENTERRABÍA

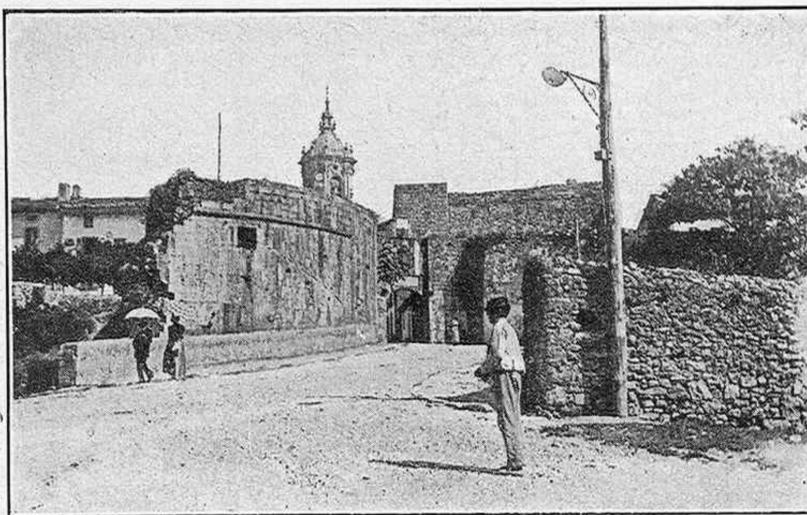


Panorama de la ciudad de Fuenterrabía, viéndose, en primer término, la Cruz Antigua

El día 7 del actual ha sido para la muy valerosa ciudad de Fuenterrabía fecha memorable, porque en el mismo día, del año de gracia de 1638, se registró en su recinto uno de los hechos de armas de mayor gloria y de más pintoresco carácter de cuantos perpetúan las páginas de la historia de esta nación, que en tan repetidas ocasiones, por aquella época de turbulencias, asombró al mundo por el denuedo y la bizarría con que siempre acudió a la defensa de sus derechos.

Ya había sido teatro la *muy noble, muy leal y muy valerosa* ciudad, de varios importantes hechos de armas, desde el dozavo siglo, en que, reinando en Navarra, Sancho, *el Fuerte*, mandó fortificarla para su mejor defensa contra la invasión enemiga, medida prudente que años más tarde evitó que cayera en poder de las huestes francesas, que, en auxilio del rey de Portugal y en contra de los Reyes Católicos, acudieron del vecino reino y pusieron sitio a la plaza, teniendo que levantarla y retirarse, en vista de la heroica defensa que de ella hicieron sus moradores.

Nuevos ataques de los galaicos, entre ellos el de 1513, en favor del vencido rey de Navarra, pudieron igualmente ser rechazados merced al tesón de sus defensores y a la gran resistencia de sus murallas y únicamente vióse obligada a capitular la plaza ante la furiosa embestida que sufrió en 1521, por muy numerosas y bien pertrechadas fuerzas enemigas, que lograron apoderarse de la ciudad, no sin tener que luchar, durante el breve tiempo que pudieron sostenerse en ella, con los guipuzcoanos, que se hicieron fuertes en Lezo, y que en uno de los frecuentes combates a que retaron a los franceses, dieron muerte al gobernador, obligando al que le sucediera en el mando a pedir grandes refuerzos para poder resistir los rudos ataques de la brava gente, que a todo trance se proponía reconquistar la plaza, hecho que no pudieron ver realizado hasta tres años más tarde y



Restos de las murallas y entrada a la ciudad de Fuenterrabía

por virtud del auxilio poderoso que recibiera con la llegada de las fuerzas mandadas por D. Iñigo Fernández de Velasco, condestable de Castilla y del Príncipe de Orange, quienes lograron rendirla a últimos de Septiembre de 1524.

Fortificada nuevamente por mandato del rey Carlos I y levantados los baluartes de la Reina, del Cubo de la Magdalena y de Leiva, con fuertes murallas defensoras, no tardó en ser escenario la gloriosa ciudad, del más grande de los hechos guerreros que harán imperecedera su fama.

El día 1.º de Julio de 1638, presentóse ante la ciudad un ejército formidable, mandado por el príncipe de Condé, que puso sitio a la plaza, al propio tiempo que una poderosa escuadra establecía apretado bloqueo para impedir que se introdujeran socorros en la ciudad.

No se arredraron los defensores ante tal aparato de fuerzas, ni ante la lluvia de proyectiles que les enviaban los sitiadores y que ocasionaban grandes destrozos y numerosas bajas, especialmente las bombas, que por primera vez caían en el recinto. En la heroica defensa, hasta las mujeres tomaron parte, armadas de lanzas y arcabuces. En una de las audaces salidas que hicieron los sitiados, murió el valiente gobernador de la plaza, Egea, que fué substituído por el no menos valeroso D. Domingo Eguía.

Abierta brecha en la muralla, por el bombardeo, lanzáronse al asalto las tropas francesas, pero fué tan nutrido el fuego de los sitiados, tan copiosa la lluvia de piedras lanzadas sobre el enemigo, que éste retrocedió, dejando la tierra cubierta de cadáveres y de heridos.

En tan cruenta lucha, en tan heroica y desesperada defensa, los sitiados perdieron también mucha gente y difícilmente hubieran podido resistir un nuevo ataque del enemigo, si providencialmente no hubiera llegado en auxilio de la plaza un ejército de 3.000 hombres, al mando del

marqués de Mortara. Con este eficazísimo refuerzo, no solamente pudieron rechazar victoriosamente los guipuzcoanos los repetidos y rudos asaltos de las fuerzas de Condé, sino que, saliendo de la plaza, las persiguieron hasta sus trincheras, ocasionándoles pérdidas enormes.

Pero los efectos mortíferos y destructores de las bombas y de los gruesos proyectiles de los franceses, redujeron en tales términos los elementos defensivos de la plaza y el número de sus defensores, que se hacía imposible una prolongada resistencia. Para



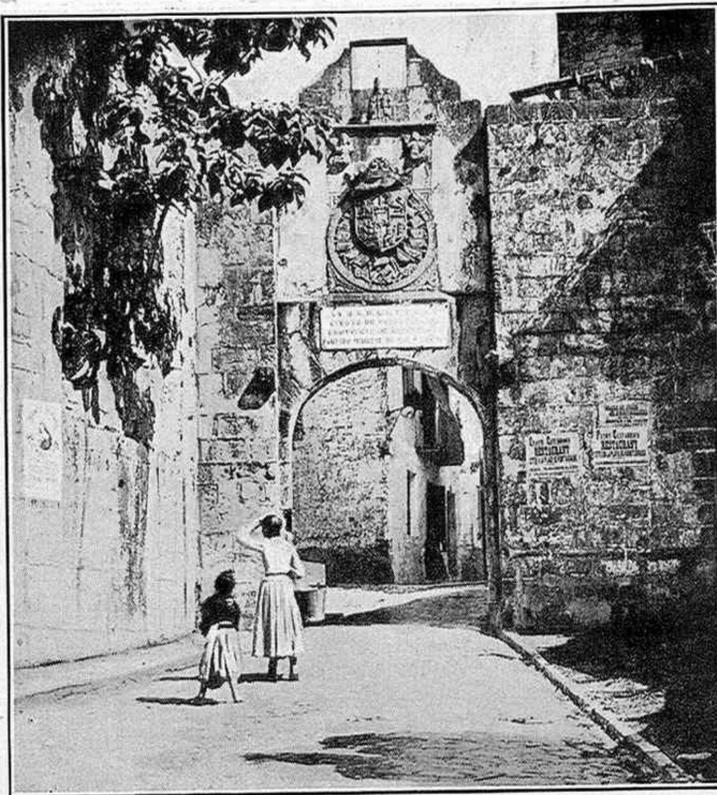
La iglesia y el palacio de Carlos V

el día 7 de Septiembre anunció el enemigo un nuevo ataque, que debía ser decisivo, puesto que á él había de lanzar todas las fuerzas de que disponía. Comprendiendo lo crítico de la situación, decidieron los defensores realizar un esfuerzo supremo, anticipándose á los planes de los sitiadores, y echando mano de los escasos recursos de que podían disponer y reorganizadas sus fuerzas, el mismo día 7 lanzáronse audazmente sobre el enemigo, que se disponía á atacarle. Eran las fuerzas españolas muy reducidas y de tal modo dejábase sentir la escasez de las municiones, que, no existiendo hierro ni plomo para fundir balas, hubo necesidad de recurrir á la plata, único metal de que se podía disponer, y no por cierto en la necesaria proporción, pues aunque, imponiéndose el patriotismo, toda la población hizo entrega de las monedas y objetos que tenía del precioso metal, sólo llegó á reunirse en cantidad limitada, en proporción á la necesidad que debía satisfacer. Casi todo hizo, pues, el valor desesperado, el heroísmo de los combatientes, que atacaron con tan formidable ardimiento, con tan temeraria decisión, que obtuvieron una victoria completa y absoluta, causando á los sitiadores 1.500 muertos en el combate, mas cerca de 2.000 que perdieron la vida en las aguas del Bidasoa, y se apoderaron de veinticinco cañones, ochenta banderas, numerosas armas, tiendas y dinero de los vencidos.

De esta hazaña, verdaderamente memorable, guarda Fuenterrabía imperecedero recuerdo, que desvanece el de otros hechos históricos de que posteriormente fué teatro, no obstante haber vestido algunos gran importancia, como el de 1712, en que, con ocasión de la guerra promovida por los proyectos de Alberoni, volvió á sitiar la plaza un ejército francés de 25.000 hombres, al mando del duque de Berwick, en combinación con una escuadra inglesa, logrando destruir las fortificaciones exteriores y apoderarse de la ciudad, que permaneció en poder de los franceses hasta 1721, en que, firmada la paz, fueron devueltas á España ésta y otras ciudades de Guipúzcoa, que también habían ocupado. En las guerras civiles ha sido igualmente Fuenterrabía escenario de rudas contiendas, que, sin embargo, no han podido tampoco eclipsar la memoria de aquel estupendo episodio que tan gloriosa página dejó escrita en la Historia.

ooo

Los numerosos forasteros



La histórica puerta de la ciudad de Fuenterrabía

que durante el verano buscan en la pintoresca ciudad descanso á las fatigas de la vida invernal en la corte, quietud y calma para el cuerpo, aire puro y bello panorama, seguramente no logran recordar, por los escasos vestigios que aún quedan de aquellos memorables días de lu-

chas sangrientas, ninguno de los grandes hechos de armas de que Fuenterrabía fué teatro.

Los restos de muralla que aún se yerguen en las afueras de la ciudad, la histórica puerta sobre cuyo arco se lee la inscripción que rememora sus triunfos bélicos, son, sin embargo, suficientes para despertar la curiosidad del visitante, pero el aspecto tranquilo que ofrece actualmente la población borra pronto la idea que pudiera surgir ante los viejos y ruinosos muros que restan de las fortificaciones inexpugnables en aquellos tiempos.

Por su belleza y su carácter monumental es digna de consideración la citada puerta, así como el palacio de Carlos V, que aún existe y que constituye el edificio más importante de la vieja ciudad.

Merece también mencionarse, entre las pocas edificaciones que recuerdan los pasados tiempos, la casa de Echeveste, ejemplar notable de las casas torres que se construían en la Edad Media, la casa Consistorial y la Iglesia.

La extensa campiña que fué adecuado escenario de aquellas sangrientas luchas, está convertida actualmente en hermoso paseo, que contribuye á acentuar los caracteres de belleza de los pintorescos alrededores de la ciudad.

La situación de ésta, edificada sobre una altura que deriva del monte Jaizquivel, en la orilla occidental de la ría que tiene el mismo nombre de la población, por donde desemboca el Bidasoa, fronterizo con Francia, aumenta sus excelentes condiciones climatológicas, á las que se debe, tanto como á su carácter de tranquilo y cómodo retiro, la preferencia que merece á los veraneantes, anhelosos de una pacífica existencia que no puede disfrutarse en las playas de las grandes poblaciones del Norte, donde la tiránica moda ha impuesto usos y costumbres que impiden un vivir sosegado, exento de preocupaciones y de molestias.

Actualmente el núcleo principal de la población de Fuenterrabía, cuya totalidad alcanza unos 4.000 habitantes, está constituido por trabajadores del mar, modestos pescadores que viven exclusivamente de los productos de su ruda faena. Únicamente la salazón da cierta importancia industrial á la ciudad, proporcionando medios de vida á una pequeña parte de sus moradores, especialmente á aquellos que no pueden consagrarse á la pesca.

Actualmente el núcleo principal de la población de Fuenterrabía, cuya totalidad alcanza unos 4.000 habitantes, está constituido por trabajadores del mar, modestos pescadores que viven exclusivamente de los productos de su ruda faena. Únicamente la salazón da cierta importancia industrial á la ciudad, proporcionando medios de vida á una pequeña parte de sus moradores, especialmente á aquellos que no pueden consagrarse á la pesca.

JUAN BALAGUER

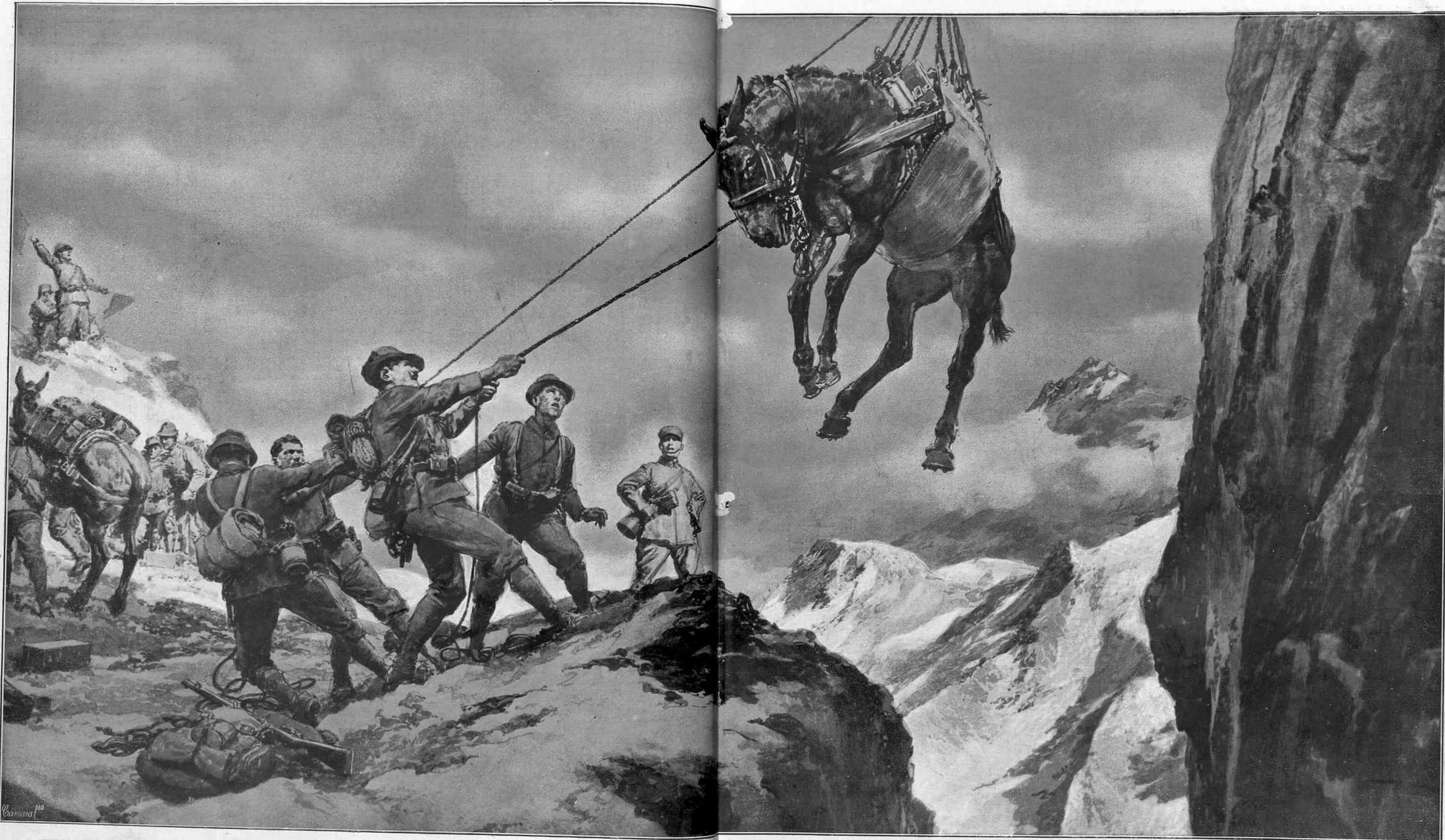


Calle de Santiago, en Fuenterrabía



La playa de Fuenterrabía y la desembocadura del Bidasoa

LOS ARTILLEROS ALPINOS EN LA GUERRA CONTRA LOS AUSTRIACOS

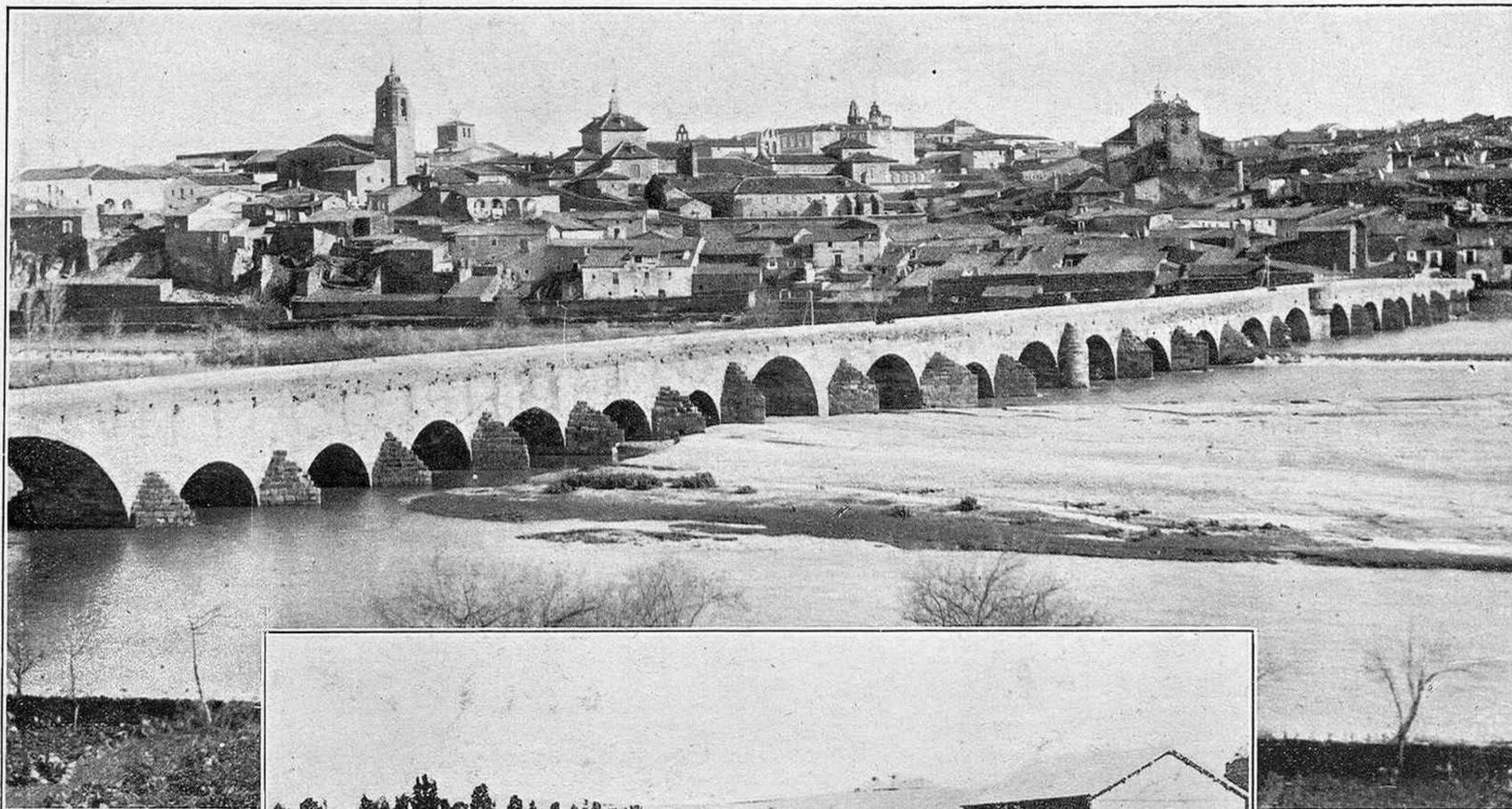


TROPAS ITALIANAS DE ARTILLERÍA ALPINA TRANSPORTANDO, DE UN PICO A OTRO DE LAS MONTAÑAS DE LA FRONTERA AUSTRO-ITALIANA, EL GANADO Y EL MATERIAL DE GUERRA

Dibujo F. Matania



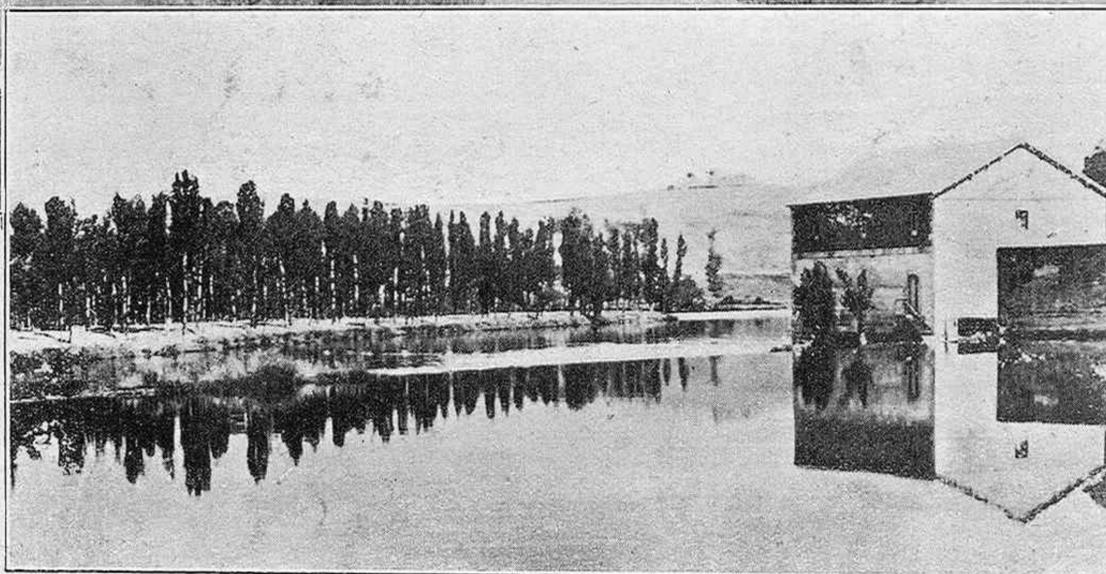
SENSACIONES DE PAISAJE
LAS RUINAS DE SAN LEONARDO



Alba de Tormes

TARDE de Julio, asfixiante, abrasadora. La vega mimosa, de tonos delicados y femeninos, con el telón austero y grisáceo de los encinares en el fondo. La sierra de Béjar, al Sur, recordando con manchones zarcos el paisaje casto y limpio.

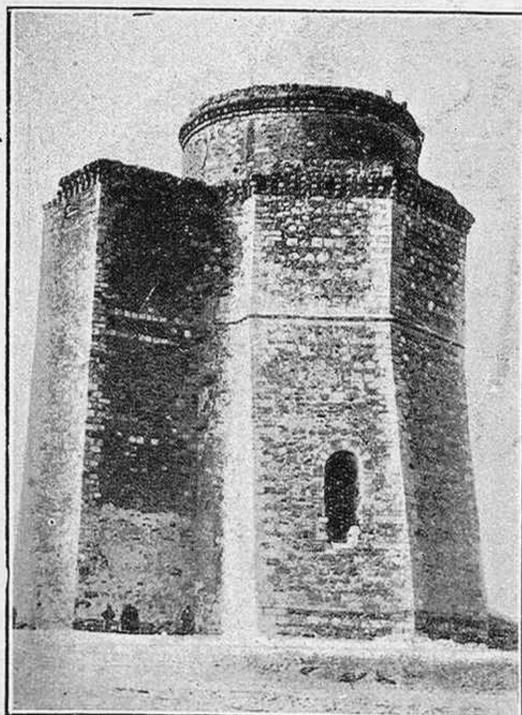
Tarde de Julio, abrasadora. Pero en este momento se respira; un airecillo sutil refresca la cabeza, que dejamos al aire. ¡Mira en frente de ti!



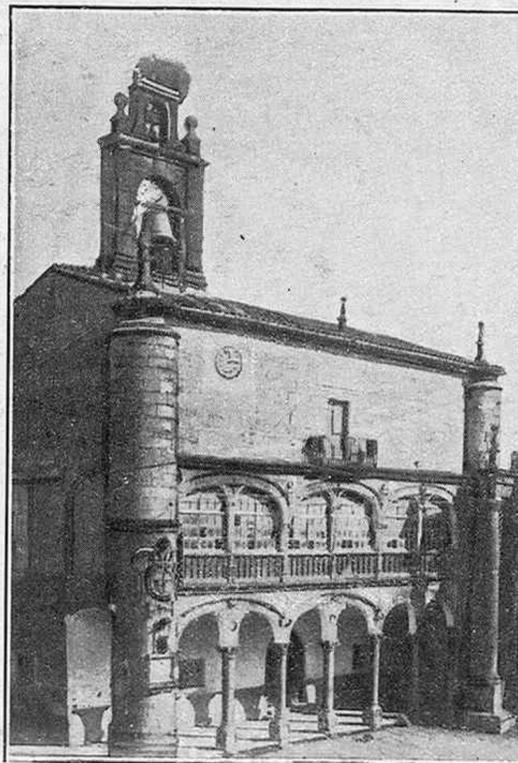
Isla sobre el río Tormes

Vega de Garcilaso

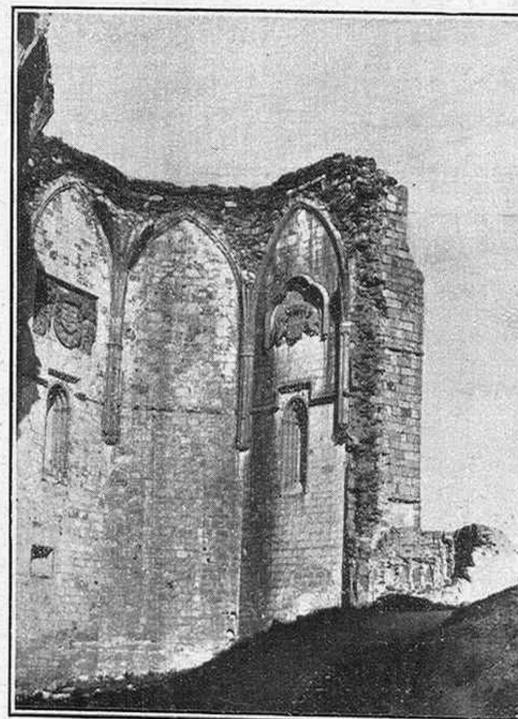
Las aguas del Tormes están rizadas y parecen escamas argentinas. Llegá hasta nosotros el ruido monótono de la mollienda de la Aceña del Puente. El torreón del homenaje se espeja con deleite en el cristal del río. El puente tiene abierta una grieta á la entrada; á la salida, iniciando la calzada de Ciudad Rodrigo, se divisa la mota blanca de la ermita de Nuestra Señora de la Vega. Se divisaba antes...



Castillo ducal de Alba de Tormes



El Ayuntamiento de Ciudad Rodrigo



Ruinas de San Leonardo, en Alba de Tormes

LA ESFERA

LA BELLEZA Y EL ARTE



Mlle. ANDRAL

Bella y notable artista francesa

FOT. HUGELMANN





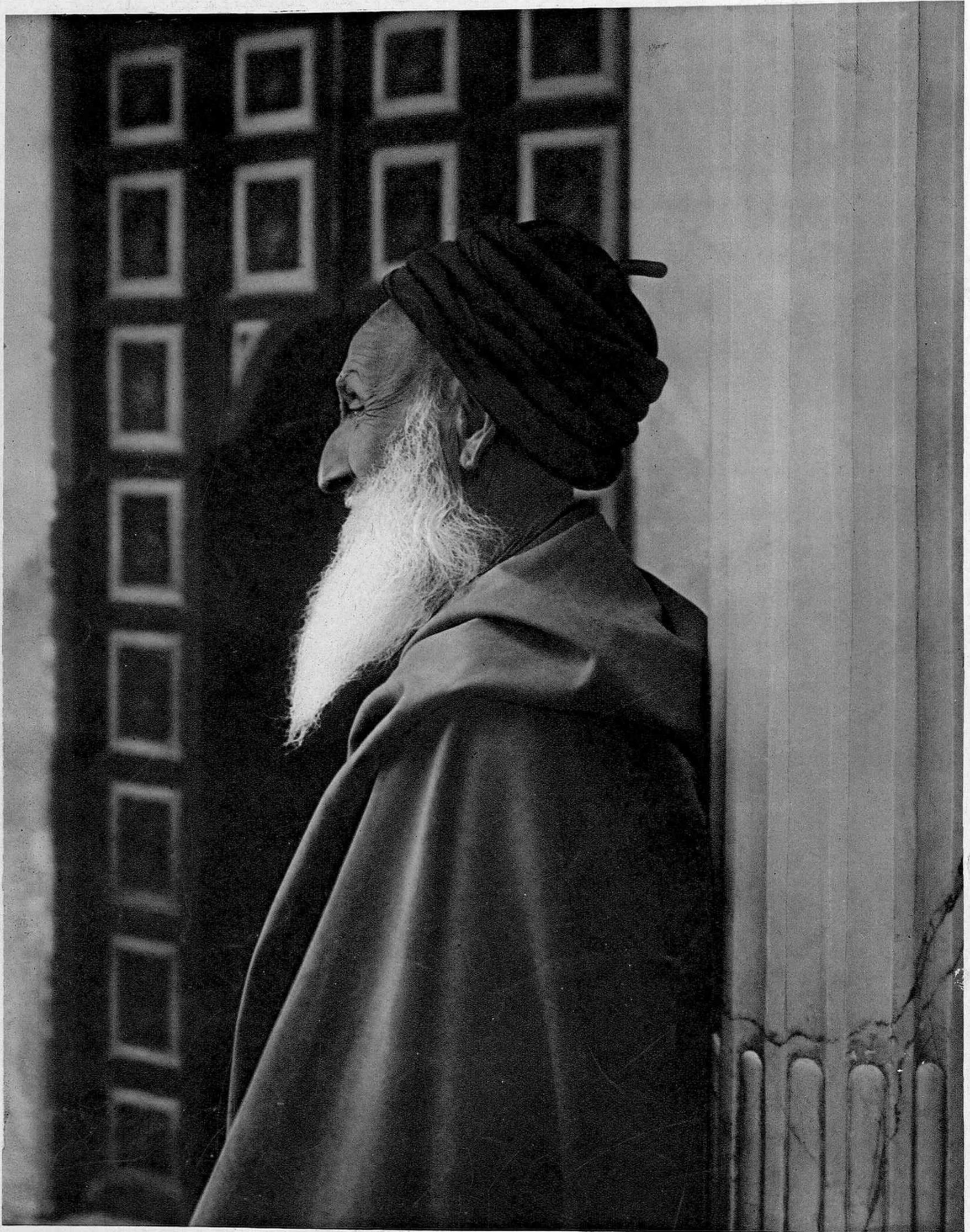
UN OFICIAL DEL EJÉRCITO INGLÉS ARENGANDO A LAS TROPAS ALIADAS PARA SALIR AL ENCUENTRO DE LOS SOLDADOS ALEMANES, QUE, AL AMPARO DE LA ARTILLERÍA, Y CON AYUDA DE LAS BOMBAS DE GASES ASFIXIANTES, PRETENDÍAN APODERARSE DE LA PRIMERA LÍNEA DE TRINCHERAS

Dibujo de Clark



LA ESFERA

TIPOS AFRICANOS



VIEJO JUDÍO TUNECINO

Pero yo veo ahora este paisaje de mi pueblo con los ojos de la infancia, cuando todas las cosas desgranaban su poesía misteriosa á nuestro alrededor.

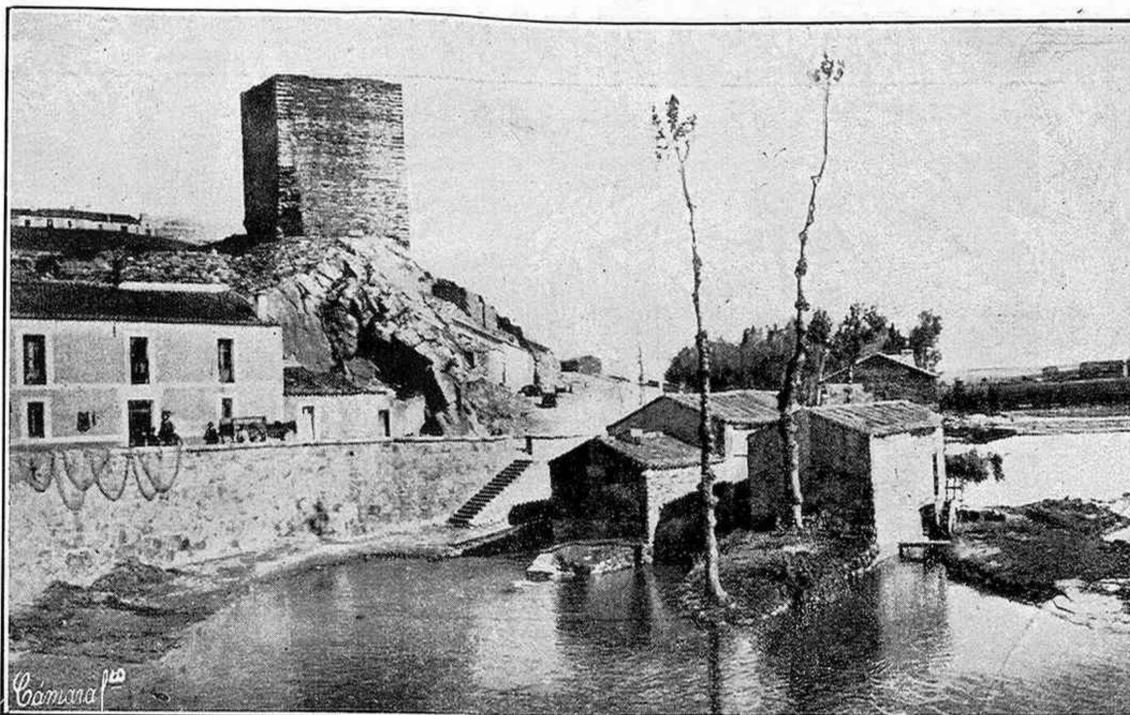
Tarde asfixiante. Otra vez se ha parado el venticillo sutil. Ya no ondean en los sembrados las opulentas espigas rubias; la canción del Tormes se oye mejor ahora, sin el viento. He aquí la vega, con toda su gracia mimosa y femenina. Unas cuevas: Otero. Un pueblecillo entre una nube de polvo, allá arriba: Terradillos. Un manchón gris al S. O.: el monte de Rrevilla, las ondulaciones de Torrejón. El pueblo, en frente, durmiendo su modorrera estival. Unas ruinas abajo, con un campanario hueco: San Leonardo.

¡Dulce vega de mi infancia! ¡Estás ahora tan hermosa, á primera tarde, como cuando yo paseaba por tu regazo mis sueños de niñez! Más hermosa todavía; que antes no te comprendí y ahora te comprendo. Cerrando los ojos sé tus matices, tus encantos ocultos, ¡dulce, hermosa vega de mi infancia!

Vamos á San Leonardo. En una cesta. Es una deliciosa excursión de ocho minutos. La dehesa del pueblo, á la derecha, lamida por el río; caballerías que pastan tranquilamente; un ambiente de alma augusta, de majestad. Y advierto que se ha formado una isilla nueva, casi á la vista de Torrejón; las aguas han buscado su cauce más sencillo, más suave. ¡Sabias aguas del Tormes, que dais una lección de vida á los humanos! Y del otro lado, á la izquierda, la mole ingente y grietosa del castillo preside un paisaje amarillento, tostado por el sol, de espigas que se desploman al peso de su fruto. ¡Otra lección de vida de las espigas á los hombres que descansan sin merecer su sueño!

Pero ya estamos ante San Leonardo, ó, como dicen mis paisanos, ante San Jerónimo. Franqueamos la puertecilla de un huerto. Unas ruinas de piedra, á la derecha. Un árbol añoso y corpulento que nos ofrece su sombra grata para tumbarnos en el suelo. De nuevo, otra puertecilla. Alba aparece recortada, precisa, en el cielo cobalto. La torre de San Juan dijérase que se inclina ligeramente hacia el río; es un efecto óptico muy bonito. Los arcos de una solana descubren con vigor sus líneas; la ermita de Otero, allá arriba, pone una nota de dulzura al paisaje, que ha perdido sus tonos agrios para fundirse en un manchón azul. Lo mismo que se funden los colores de Barcelona en una mancha rosa desde las cumbres del Tibidabo.

San Leonardo era... Oid lo que decía Ponz en su *Viaje de España*, publicado en el siglo XVIII. San Leonardo era «un edificio grande, con dos patios: uno antiguo y otro moderno; el primero, muy magnífico, adornado en la galería inferior de columnas y de veinticuatro arcos entre ellas, los cuales son cuarenta y ocho en la galería superior»... Y sigue el buen Ponz describiendo sus impresiones. Hoy es muy poco. Y, sin embargo, mucho. Unas viñas, unos muros. Tres columnas caídas, como recuerdo del patio muy magnífico. El esqueleto de la limpia iglesia gótica. El ingreso á la iglesia, formado por un arco



Aceñas del puente de Alba de Tormes

copial bocelado elegantemente, adornado con follajes y agujas de crestería. Trozos de la gallarda y graciosa nave. Restos bellísimos de enterramientos.

El arco atrevidísimo del coro. Unos escudos con Águilas Imperiales de Carlos V; otro de los Alvarez de Toledo, á ambos lados de los muros de lo que fué altar mayor.

Y un patio. El patio nuevo que vió Ponz hace ciento treinta y tantos años, cuadrado, de dos cuerpos, de nueve arcos por lienzo, de granito los de abajo y de ladrillo los de arriba, con el

sepa verle. El tren ha llegado á la estación á traernos el afán diario, la idea nueva, la sensación aguda que nos hará vibrar después el espíritu. Acá vienen dos hombres á caballo, con su chambergo del país, jinetes en dos caballos cansinos, lacios y mal trotones. Siguen trillando los muchachos; ahora cantan entre las ruinas, que lo muerto se circunda de lo vivo y la misma muerte es una manifestación de vida.

¡Ruinas de San Leonardo, paisaje de la vega de mi pueblo, paisaje que daba «hasta recreación» á los ojos serenos y puros de Teresa de Jesús!

Desde esta tarde os llevo ya conmigo. Siempre encuentro peor estas ruinas; todos los días cargan los desaprensivos con las piedras más lindas; del patio viejo ya no queda un sólo escudo; las columnas de granito yacen maltrechas por el suelo. Pero no me importa. Y que se lleven también el paisaje, si el paisaje no fuera tan eterno como las ansias del hombre. ¿Qué me importa?

Tarde calurosa del mes de Julio. Ni una nube en el cielo. La canción de quietud del Tormes que se ajusta en este momento con la paz de mi corazón...

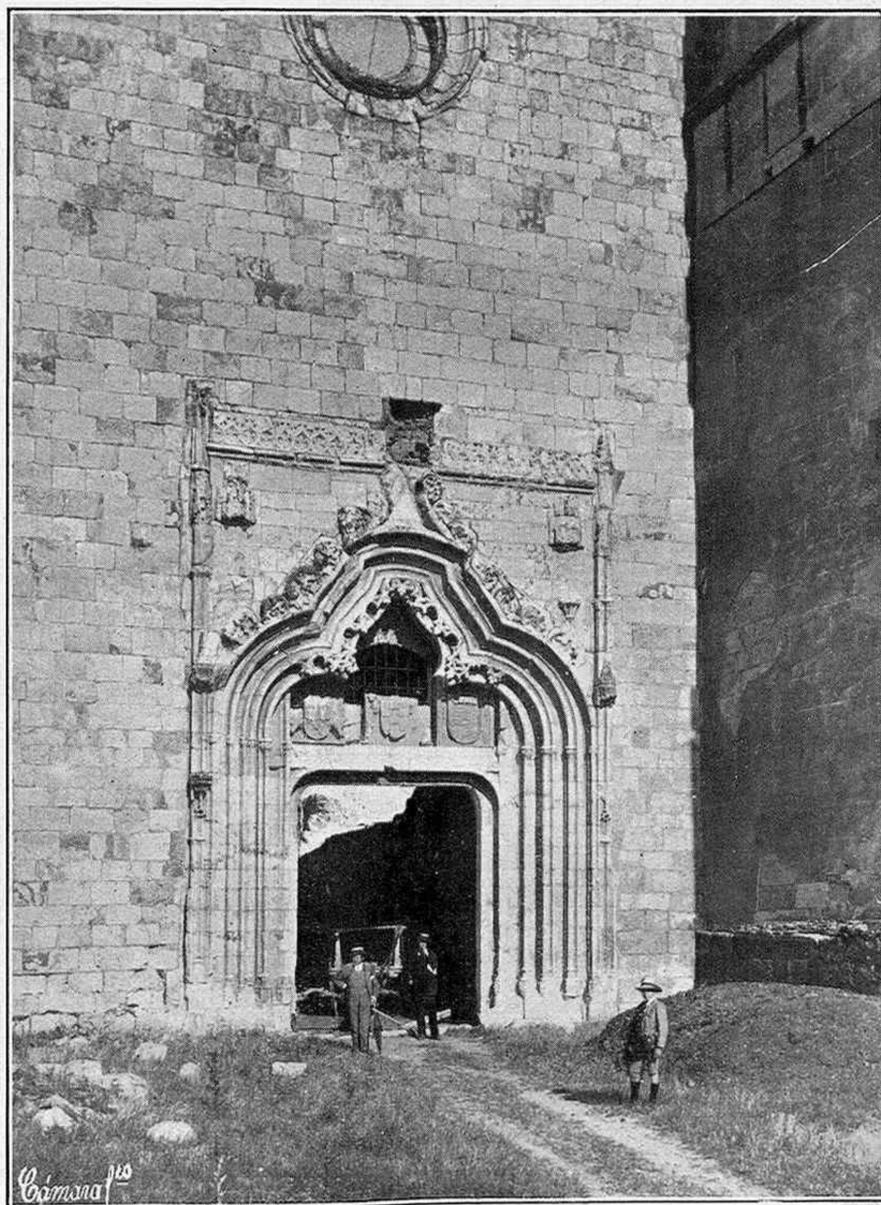
¡Ruinas de San Leonardo, no me asustáis! Más eterno que la piedra es el espíritu, imagen de Dios que lo creara. ¡Paisaje de mi vega, no me inquietas! Todas las almas siguen su cauce, como las aguas del lecho de tu río. Y con paz, con fe, con dulzura, con amor, con esperanza, se hacen islas para vivir en ellas, y moradas, y castillos interiores, que nunca podrán hollar la vileza ni el egoísmo de los hombres.

Inútilmente, destructores de reliquias, atentáis al sagrado reposo de las piedras muertas, que un día se irguieron sobre la cresta de la roca desafiando á los elementos.

Si en la lucha titánica contra el tiempo han sucumbido; si en el reposo de muerte en que duermen aún vuestras manos irreverentes osan turbar su paz y su armonía de quietud, ¿qué importa? La suprema belleza, la visión excelsa de su última estructura, la que labró el tiempo, esa no podréis arrancarla de mí aun cuando destruyérais todo el paisaje. Fué el soplo de belleza que posó un instante sobre este suelo.

José SÁNCHEZ ROJAS

Alba de Tormes, Julio, 1915.



Puerta de la iglesia de San Leonardo, actualmente en ruinas

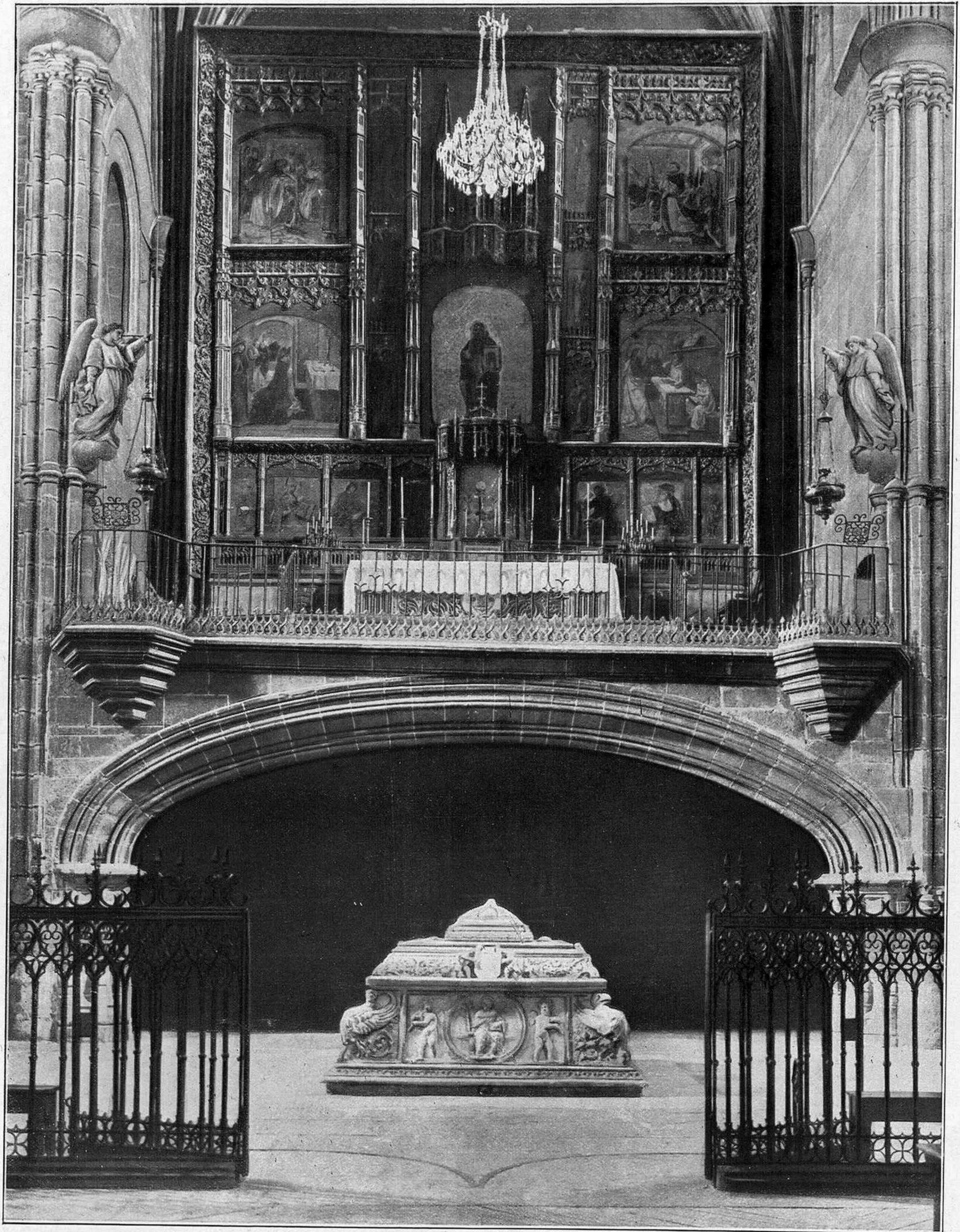
EL ARTE CONTEMPORÁNEO



DEL ALBAICÍN

Aguafuerte, por Sánchez Gerona

LA RIQUEZA ARTÍSTICA DE ESPAÑA



SEPULCRO DEL INFANTE DON JUAN Y RETABLO DEL ALTAR MAYOR, EN EL CONVENTO DE SANTO TOMÁS,
DE AVILA

FOT. A. BONILLA

LA UNIVERSIDAD DE BOLONIA

OBLIGADO, por suerte ó por desgracia, á vivir fuera de mi patria, durante muchos años, y á viajar por tierras muy lejanas, siempre fué mi sueño dorado hacer una excursión por la bella, por la noble Italia. Sentía desde mi juventud verdadera obsesión por visitar las hermosas poblaciones de la península hermana, donde la Arquitectura y la Poesía, la Música, la Pintura y todas las más bellas manifestaciones del Arte brillan con mayor refulgencia que en las naciones que aardean de más adelantadas.

Cuando más alejado se hallaba de mi pensamiento realizar el ideal de toda mi vida, la casualidad vino en mi auxilio, favoreciéndome con sus inconscientes versatilidades, proporcionándome la oportunidad de ir á Roma, comisionado por mis inolvidables amigos y compañeros los catedráticos y alumnos de la Real y Pontificia Universidad de Manila, para tratar de resolver en el Vaticano asunto de grandísima transcendencia para la vida de la institución cuyo apoderamiento llevaba.

Preparé en breves días mi equipaje y provisto de los documentos oficiales necesarios para mi embajada, salí de la ciudad de Legazpi hacia el puerto de Hong-Kong, donde hice rumbo á Italia, en el vapor *Nagatomaru*, espléndido trasatlántico de compañía nipona, que realizó la travesía desde el Extremo Oriente á Europa, disfrutando el pasaje de comodidades y exquisiteces verdaderamente paradisiacas.

A las veinticuatro singladuras de nuestra salida de la isla Victoria desembarcamos en Nápoles, y como mi deseo era llegar cuanto antes á la capital del Lacio para dar comienzo á mi gestión, me detuve muy poco en esta maravillosa ciudad, donde alumbra el Vesubio la bahía más encantadora que pudiera soñar la fantasía humana, y partí en demanda de Roma, prometiendo volver despacio y tranquilo á visitarla.

No he de narrar, en esta ocasión, todas las dificultades, demoras y complicaciones que tuve que aguantar y hacer frente en el trabajoso curso de la comisión que me llevó cerca de Su Santidad. Si en cualquiera diminuta monarquía es cierto el refrán que dice «las cosas de Palacio van despacio», tratándose del Vaticano, el retraso, la parsimonia, etcétera, en los negocios de Estado da ciento y raya á la Cancillería más perezosa y adormilada y el venerable cardenal Mons. Merry del Val hubiera dado al traste con toda mi paciencia á no tener la oportunidad de distraer el aburrimiento á que me condenaba, haciendo oportunas excursiones por las más encantadoras y sugestivas ciudades de Italia. Yo aprovecho esta primera ocasión para dar al ex-secretario de Estado de la Santa Sede las más expresivas gracias por haberme retenido entre las tupidas redes de su fina diplomacia, pues con sus arbitrarias demoras y estupendas dilaciones me dió oportunidad para estudiar un país á cuyo recuerdo el pensamiento se ennoblece y el alma se deleita.

Aprovechando, repito, los días de forzada inacción á que el gallardo cardenal Me-



EL CARDENAL D. GIL DE ALBORNOZ
Fundador de la Universidad de Bolonia
(De una estampa del siglo XV)

rry del Val me ligaba, visité las poblaciones más interesantes de Italia, siendo la ciudad de Bolonia una de las que más atraieron mi plácida atención y en donde pude disfrutar mayor tranquilidad y calma.

Debo concretarme, en el presente trabajo, á dar breve noticia del celeberrimo Colegio que España posee en la ciudad fundada por Teodosio II (408) y restaurada por Carlo Magno, siendo digna de la mayor divulgación la historia del *Colegio mayor de San Clemente de los españoles*, cuyo florecimiento, apogeo y gloria alternaron con las vejaciones, despojos, vicisitudes y dificultades, que mermaron su esplendor y ocasionaron su decadencia, en épocas más ó menos lejanas.

El vetusto edificio de que hablamos se halla emplazado en la ciudad de Bolonia, formando una manzana aislada y dando su fachada principal á una calle, que se llama *Collegio di Spagna*. La fundación del *Colegio mayor de San Clemente de los españoles*, se debe, exclusivamente, á la iniciativa y á la munificencia del cardenal Albornoz. Este príncipe de la Iglesia donó, por su testamento, hecho en Ancona en 1364, sus bienes, vajilla y biblioteca para la creación de una institución docente, que fué inaugurada en el año 1367, poco tiempo antes de la muerte del cardenal Albornoz.

La cláusula testamentaria referente á la creación del Colegio de San Clemente, dice así:

«Ordeno que del resto de mis bienes se haga en la ciudad de Bolonia un Colegio de escolares, en lugar decente, á saber cerca de las Escuelas, y se construya hospedaje digno con huertas, patios y cámaras, y se edifique capilla decorosa y buena, en honor de San Clemente mártir, y se adquieran rentas suficientes para atender al mantenimiento de veinticuatro escolares y de dos capellanes, queriendo que se llame la tal casa ó colegio *Casa Española*, á la que instituyo heredero universal de todo mi dinero, vajillas y libros y de todos los restantes bienes míos y de todas las cosas que puedan haberse, ya por los administradores que administraron en mi nombre las iglesias de Toledo y Segovia, ya por el rey de Castilla y León, ya por los que son y fueron mis procuradores en mis beneficios de dichos reinos y Francia y Aragón y de cuanto en general se me adeude por cualquier concepto...»

El centro de enseñanza de que estamos haciendo mérito fué siempre una institución genuinamente española, y precisamente por el acendrado patriotismo que informó su conducta pública y privada, sufrió las persecuciones violentas é iníquos despojos que su gloriosa historia nos relata.

El cardenal Albornoz nació en Cuenca, á principios del siglo catórceno; sus ascendientes fueron de la más alta prosapia, emparentados con los reyes de Aragón y de León; se doctoró nuestro biografiado en la Universidad de Tolosa, donde estudió Teología y Derecho, ejerciendo después en España importantes cargos eclesiásticos, hasta llegar á ser arzobispo de Toledo.

En la Edad Media, era frecuente, en las altas dignidades de la Iglesia, deponer el báculo y la mitra, para empuñar la tizona y cubrirse la cabeza con el pesado yelmo; no



Patio de la Universidad española de Bolonia

siendole extrañar que el Arzobispo Albornoz luchara en la batalla del Salado á las órdenes del rey Alfonso. Pasó el tiempo, y las revueltas políticas de su país le obligaron á refugiarse en Aviñón, donde la quietud y la paz que allí reinaban no se avenían con el carácter belicoso del cardenal D. Gil. Pidió y obtuvo del Papa el nombramiento de Legado general de Italia, y, al frente de algunas tropas, redujo á la obediencia de la Santa Sede territorios usurpados á la misma por soldados de fortuna, que los gobernaban y esquilmanaban.

No obstante el espíritu guerrero del cardenal Albornoz, dióse cuenta exacta del atraso en que vivían las Ciencias y las Artes en España, por consecuencias de las enconadas y constantes luchas civiles en que la fatalidad la tenía empeñada, y deseoso de ser verdaderamente útil á su patria, concibió la nobilísima idea de fundar una Universidad en Bolonia, donde la tranquilidad moral y material de que se gozaba, hacían propicios los estudios de las humanidades y de las artes más delicadas. Bolonia, en efecto, gozaba de gran tranquilidad y en su célebre escuela se estudiaba el Derecho mejor que en ninguna otra parte. Por lo demás, en Italia empezaban á germinar la evolución social del Renacimiento de la cultura y á ninguna Universidad mejor que á la boloñesa podía acudir la juventud española, deseosa de adquirir conocimientos científicos y educación sana, que luego podían difundir y divulgar por la madre patria. Esta idea maduró en el cerebro del cardenal don Gil de Albornoz y la llevó personalmente á la práctica, creando el Colegio de San Clemente, donde los escolares completaban su educación científica, hallando amparo y socorro los españoles que á Bolonia acudían con el deseo de saber.

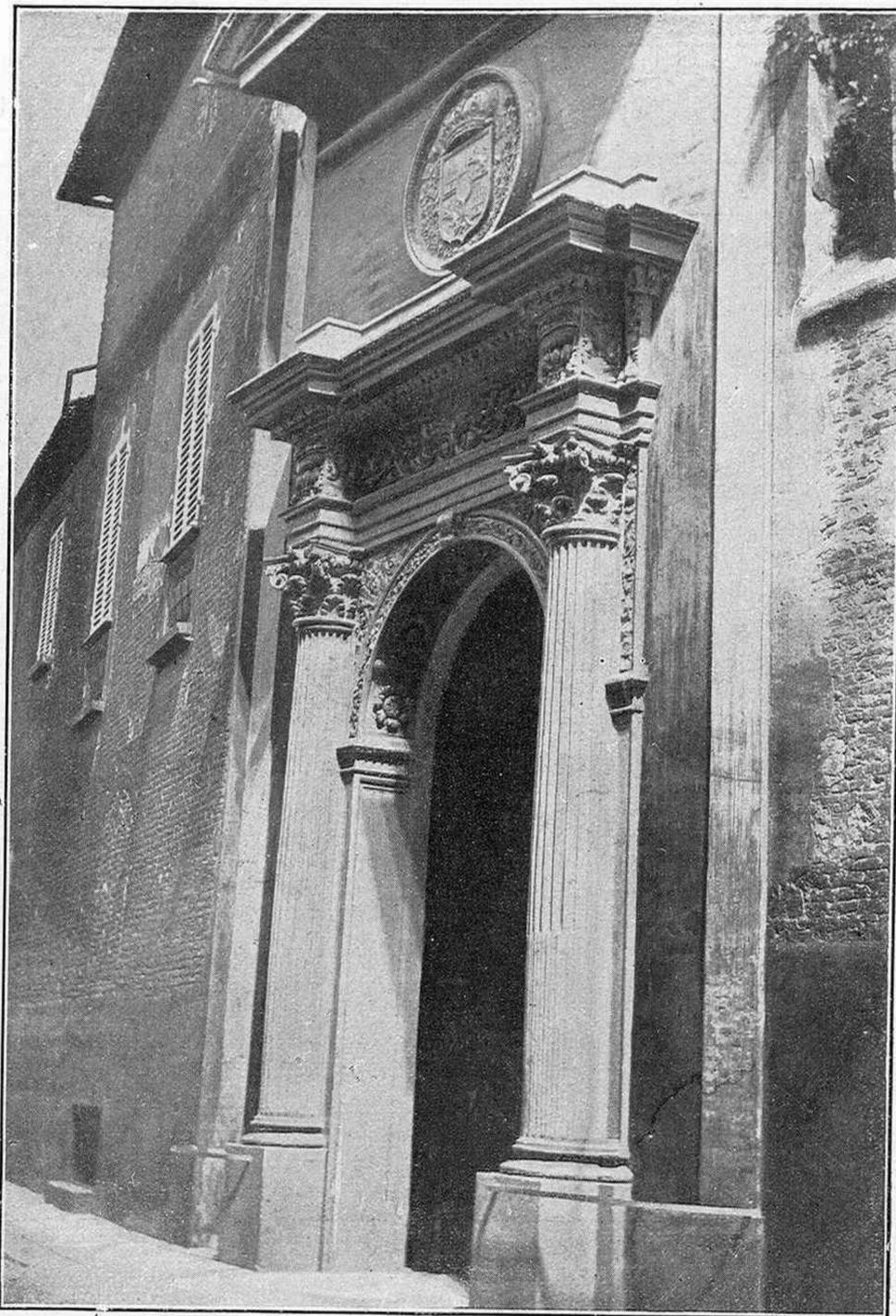
El cardenal Albornoz llamó siempre á su fundación *Casa española* y así consta en su citado testamento, debiendo dejar consignado como justo tributo á la verdad, que los individuos que en ella se albergaron cumplieron á maravilla las intenciones patrióticas del fundador, no habiendo acontecimiento, satisfactorio ó triste, porque atravesara España, en el que no tomaran parte más ó menos activa los colegiales de San Clemente.

La historia científica de la fundación albornoiziana no puede ser más brillante. De allí salieron, en pasadas épocas, glorias nacionales tan prestigiosas como Nebrija, Pedro Arbués, Agustín, Luis Vives, Arteaga, Fernando de Loacis... De la época actual podemos citar, entre otros, al conde de Romanones, La Cierva, Giner de los Ríos, marqués de Borja, Cossío, Pérez Caballero, Nacher, duque de Tovar, Moratilla, conde de Fuente el Salce, Pagé, Gutiérrez de Agüera, Pérez Oliva, Fernández de Henestrosa, López Monis, Montero Ríos y otros que sentimos no recordar.

En la actualidad, el Colegio de San Clemente funciona bajo el patronato de la Corona española y del duque del Infantado, que también es patrono, como descendiente del fundador.

El Colegio de San Clemente cobijó y dió asilo á los primeros impresores boloñeses que pudieron escapar á las vengativas iras de los amanuenses, que protestaban contra la infernal invención de Guttenberg. Los colegiales de Bolonia, se unieron, en 1515, á las tropas españolas que combatieron contra el duque Alfonso de Este, portándose bizarramente en la batalla de Mirandola.

El Colegio de San Clemente recibió, al correr de los tiempos, señalados privilegios de los reyes de España, de los Pontífices y del Senado



Fachada principal de la Universidad española de Bolonia



Puerta principal

de Bolonia, pero no en todos los momentos de su vida gozó la institución de existencia feliz y próspera. En ocasiones múltiples tuvo que sostener sus derechos y atribuciones contra los Legados de la Santa Sede, que pretendían detentar sus prerrogativas y despojarles de sus bienes, llegando hasta el extremo de clausurar las cátedras, arrojando á los colegiales á la calle, negándoles la entrada en su propia casa. Napoleón I, por imperial decreto de Marzo del año 1812, se incautó de los bienes de la fundación del cardenal Albornoz, para pagar las pensiones de los jesuitas, vendiéndose las posesiones rústicas pertenecientes al Colegio, y realizando vandálico despojo en el interior del edificio, sin perdonar la magnífica biblioteca.

Por acuerdo celebrado con el Vaticano, en 1818 se obligó á la Santa Sede á dotar al Colegio de San Clemente con bienes suficientes para producir una renta anual de tres mil quinientos escudos romanos, reponiéndose, en parte, de su penuria con este compensador ingreso.

La Historia se repite con monotonía lamentable, y lo mismo que ocurrió con el Colegio de San Clemente de Bolonia el año 12 del pasado siglo, ha sucedido al Colegio de San José de Manila, una centuria después. El cardenal Merry del Val, secretario de Estado de la Santa Sede, decretó el despojo del Colegio de San José y de todas sus fincas rústicas, para dárselas á los Padres Jesuitas. Esta enormidad cardenalicia implicaba la clausura de la Real y Pontificia Universidad de Manila, pues gracias á las rentas del Colegio de San José, se habían podido crear, hacía 40 años, las Facultades de Medicina y de Farmacia, donde recibían enseñanza más de 800 estudiantes permanentemente, por ser las carreras más socorridas. Protesté enérgicamente contra la arbitraria

y parcialísima resolución pontificia que, entre otros muchos daños, de hecho descatolizaba á la juventud estudiosa de Filipinas, obligándola á continuar sus carreras en escuelas sin Dios y francamente laicas.

Monseñor Merry del Val hizo oídos de mercader á mis justos y aplastantes razonamientos; su rutinario espíritu parecía deleitarse ante la idea de suprimir el más antiguo y prestigioso establecimiento católico de enseñanza en el Extremo Oriente.

Sin embargo, la arbitrariedad mantenida con pueril tesón por el entonces secretario de Estado de la Santa Sede, no ha podido realizarse tal y como Monseñor Merry del Val deseaba. Ni el Colegio de San José, ni sus fincas rústicas, han ido á poder de la Compañía de Jesús, pero salieron de las manos de la Orden de Santo Domingo, genuinamente española, para ser administrados, los citados bienes, por un Obispo americano. El golpe estaba dado, y, desde entonces, la Real y Pontificia Universidad de Manila, lleva vida difícil y precaria.

Si el cosmopolita cardenal Merry del Val pasa á la Historia, cosa que dudo, podrá vanagloriarse de haber matado una de las Universidades más antiguas y gloriosas, creadas por la fe católica; así como el patriota español, cardenal D. Gil de Albornoz, nacido en época semibárbara, tendrá en su haber, ante la posteridad, la donación que hizo de toda su cuantiosa fortuna para fundar el Colegio de San Clemente, en Italia.

¡Cómo se transparentan las pequeñas y las grandes almas, cuando se las residencia imparcialmente y á honestas distancias!

FRANCISCO MASIP Y VALLS

PARÍS DUERME...



El rojo espectro de la guerra impuso a París, eternamente inquieto, no un gesto de espanto—que París, primavera del mundo, se habría negado á aceptar—sino cierta actitud, comedia y razonable, de canto.

Fué la noche, y fué su actual aliado el fatídico pajarraco de aluminio, los que modificaron la fisonomía, tan risueña, de la ciudad-luz. La muerte, el terror y la perfidia afilaban sus guadañas entre las tinieblas. Las radiantes claridades de orto que París, aun de noche, viene irradiando desde hace siglos, acucieron, con la tentación, la ferocidad de unos hombres que han sabido conquistar los aires para enriquecer el catálogo de las formas de exterminio. Y la gran capital, consciente de su sabiduría, suprimió el señuelo. Otros faros más poderosos le quedaban. Otras luces más deslumbradoras tenía. Así, en cuanto se condensaba el crepúsculo de la tarde, la sombra enseñoreábase de París. El alumbrado de las tiendas, de las calles, de los teatros dejó de arder. La obscuridad era la salvación. En el siglo de las luces y en la ciudad de las auroras, París, obstinado loablemente en seguir viviendo, hubo de apagar hasta el más apocado reverbero de los suburbios.

Su gigante resuello fué sosegada respiración. Aplacóse la fiebre, la honda y fecunda fiebre que le abrasaba. La apoteosis mayor que París conocía era esta de la sombra prudente, sin ruido, sin aparato y sin fiesta. Todas las almas se sometieron al ritmo anhelante é isócrono que regula el deseo de vivir; la llamarada de Montmartre quedó convertida en rescoldo; los regueros luminosos de los grandes bulevares se secaron bajo la mirada—entonces decisivamente categórica—de las estrellas. Y las muestras y rótulos centelleantes, las guirnaldas de luz, las terrasses optimistas y cordiales, se apagaron también.

Visto desde lo alto, París no existía. Ningún

resplandor artificial delataba su presencia entre los campos ubérrimos de Francia. No había medio de que un soldado enemigo—descontada la ceguera del odio—descubriese desde un *taube* á la inmortal urbe. Si el corazón no se lo gritaba, los ojos—aún recurriendo al plano sagaz—tardarían en indicárselo. Y eso que, muy desde lo alto ó desde lejos, á la claridad del sol ó entre tinieblas, París se delata; París no puede ocultarse... París vive siempre, en la luz ó en la sombra; su pecho ciclópeo de insuflación vigorosa le descubre; en vano con los velos de la noche oculta su terso de gigante adormecido; sin alma, el alma de París no duerme, no descansa; sólo los ojos miopes de las aves nocturnas, que manchan su cielo, revolotean desorientadas é iracundas, dejando en la niebla oscura girones de humo, que es la solera que rugie y zumba en sus entrañas trepidantes...

ooo

Sin ruido, sin luces, la capital francesa duerme ahora con un afán de reposo que tal vez nunca tuvo. Su sueño ha de serle reparador y saludable. Sueño tranquilo, sin sobresaltos, porque está seguro de que el porvenir, preñado de esplendor, es suyo. Aunque el cañón, con su voz destemplada y transitoria, proclame lo contrario...

Millones de seres rebullen sigilosamente, aguardando. Miles de edificios, herméticos, impenetrables, recatan sus contornos, ahogan su respiración, reprimen su dinamismo. Sobre esta ciudad invisible se cierne un silencio augusto, como aquel que tienen los cementerios, bajo cuya costra de tierra hedionda se está incubando la policromía de la transformación. Silencio de laboratorio; paz de templo; reposo de cuna; mudez de ensimismamiento; pausa de bronce que, cuando sea herido, tronará con repiqueteos pascales...

Sobrecoge ver á un coloso, cuya apariencia le

viste de cándido durmiente. Imponz el espectáculo de una ciudad-troquel tan enorme, en la que se han acuñado las medallas más armoniosamente sonoras del Pensamiento y de la Belleza. ¿Imagináis á la Babel sin un grito histérico, sin un alarido gozoso, sin una candela, la más débil, ardiendo á lo largo de ese ancho Sena que divide á París en dos pechos robustos y pródigos?

Parece que un horrendo cataclismo la hizo sucumbir, excluyendo toda posibilidad de resurrección.

Un gran pueblo de noche, á obscuras, sugiere la sensación de que todo lo consumó ya; de que no espera nada; de que las aguas borbollantes y cristalinas de su adelanto se estancaron fúnebremente...

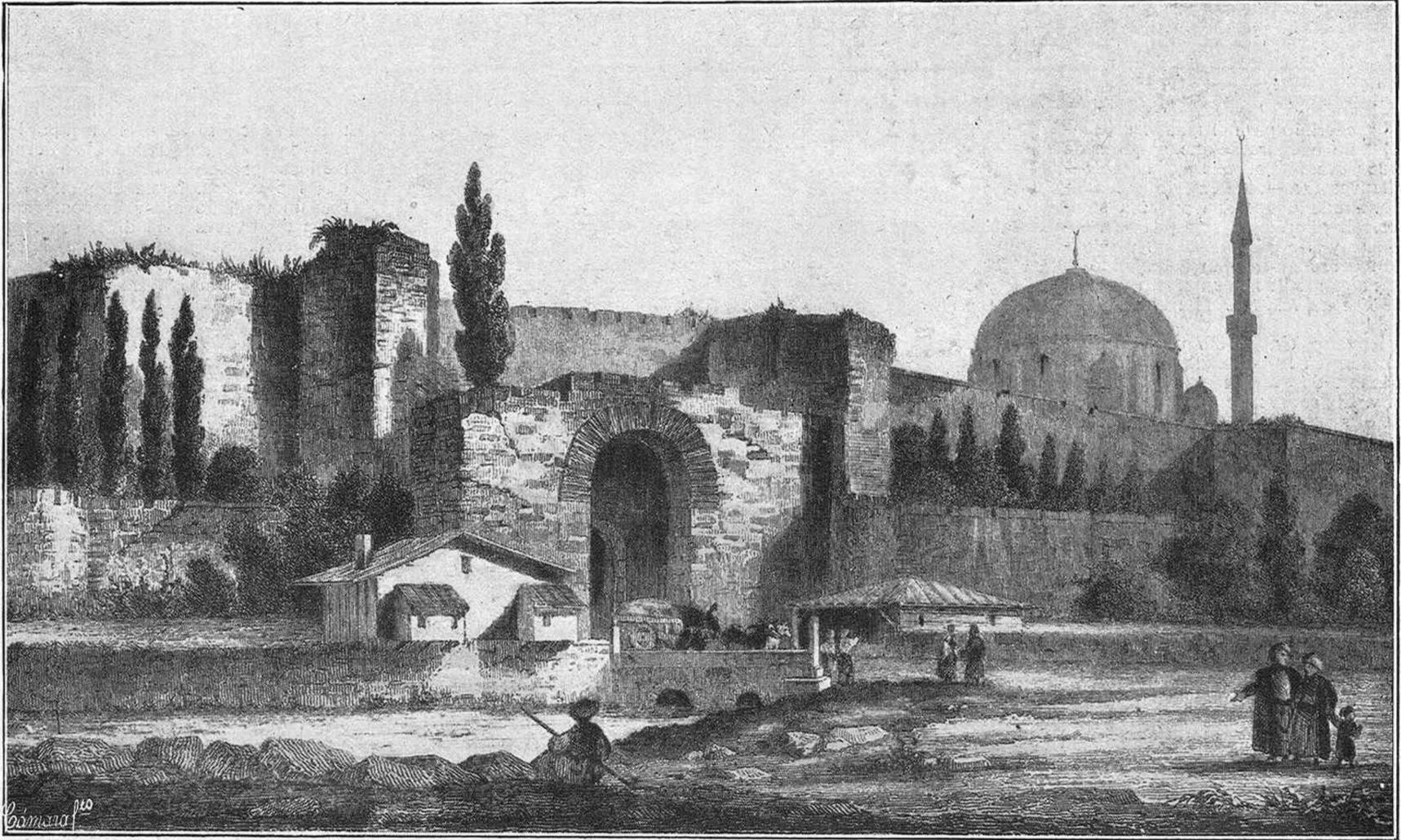
Pero todo esto es añagaza, embuste sabroso, habilidad impuesta por el instinto de conservación. Si París duerme, la torre Eiffel vela. A trescientos metros de altura un formidable ojo científico explora, escudriña, vela, rasga el denso cendal de la sombra y avizora en nombre de la vida y de la Humanidad.

Apacientando las inquietudes que pudieran desvelarle, ese faro improvisado y circunstancial cumple sin desmayo su cometido de pastor. Su lumbrera poderosa asume todas las que dejaron de parpadear; los rayos de su luz, proyectándose de uno á otro punto, cuidan de que el enemigo fracase en su artera pertinacia, retorciendo á París en un condenable espasmo de dolor.

París duerme, pero la torre Eiffel vela... Gigantesco candelabro en esta noche trágica, elevado por los hombres para solemnizar antaño una fiesta de concordia, y que hoy, sólo, vigilante, majestuoso, es la antorcha que toda una civilización levanta en medio de la hecatombe.

E. RAMÍREZ ANGEL

DIBUJO DE EDUARDO DE LARROCHA



Puerta de Andrinópolis y antiguas murallas de Constantinopla

por debajo de esta maniobra, la Gran Bretaña preparaba su propósito de intervenir cómodamente en Egipto, como sucedió cinco años más tarde.

Las ideas políticas de Midhat pachá han gozado de cierto favor entre los «jóvenes turcos». Sin embargo, no se puede decir que todos ellos las hayan adoptado, pues sería preciso para ello que la famosa constitución fuese un artículo fundamental de su programa y esto no ocurre sino para aquéllos que reciben inspiraciones de origen sospechoso; la mayor parte, son, por el contrario, lo que yo llamaré «patriotas-reformistas», los cuales atienden á la salvación del país por encima de toda otra cosa.

Después del establecimiento de Inglaterra en Egipto, se comprendió en seguida en Constantinopla que los intereses de aquella potencia requerían el decaimiento de Turquía. Por una parte, en

efecto, el prestigio del padischah es siempre grande á orillas del Nilo; por otro lado, mil pequeños hechos demuestran que el Foreign Office tiene los ojos puestos en la Arabia. Y siendo Abdul-Hamid el jefe supremo del Islam—excepción hecha de Persia y Marruecos, cuyos musulmanes forman

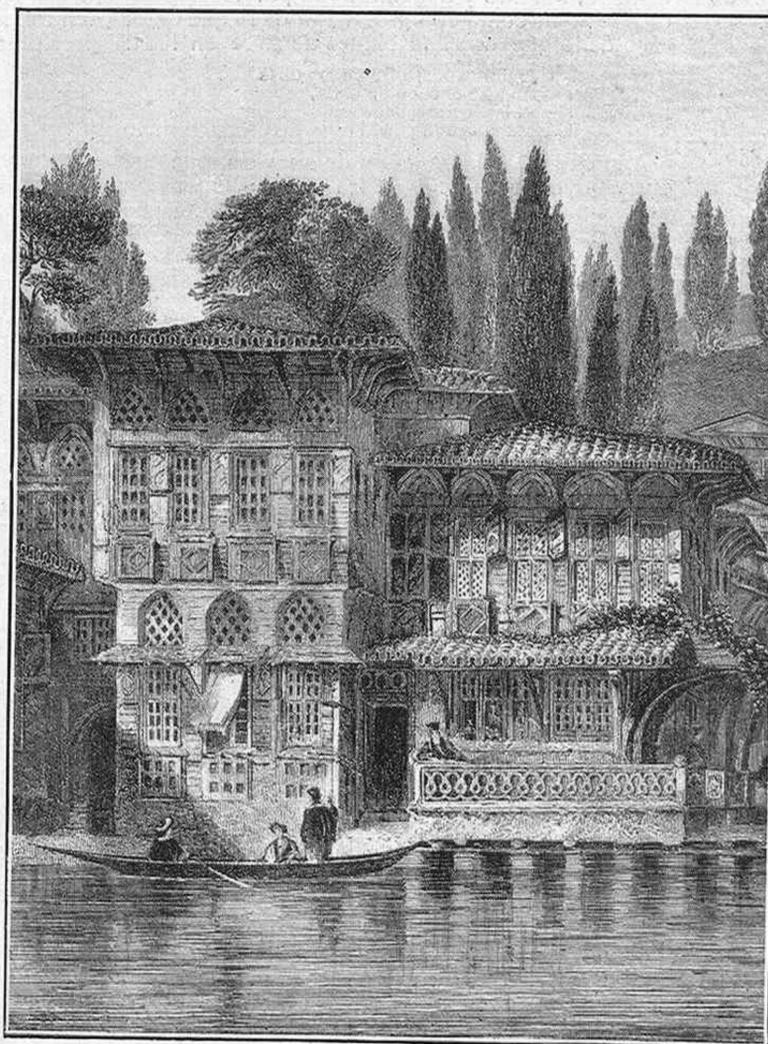
grupos cismáticos,— el imperialismo británico deseaba anular ó disminuir el poder moral y material de este jefe, que un día podría oponerse á sus designios.

Hasta aquí la preparación de este movimiento evolutivo, social y político, emprendido en las últimas décadas por el pueblo turco y al que me propongo referirme, más extensamente, en otra ocasión, para dar á conocer la labor interior realizada por nuestra patria y que hoy permanece ignorada para todo el mundo, merced á la inercia de su retraimiento secular.

YOUSSEUF FEHMI



Tipos de Genizaros



Casa de un sacerdote griego, junto á Yeni-Kuey



Tipos de Genizaros

AUTORES CÉLEBRES • NÚÑEZ DE ARCE

UN gran poeta lírico, que también escribió para el teatro, pudiendo asegurarse que su labor de autor dramático, aunque notable—relativamente—, fué en él lo secundario. Desde luego, sus poesías sueltas, singularmente sus poemas, están muy por encima de sus producciones escénicas, aun incluyendo la que algunos llaman su obra maestra, *El haz de leña*, de la que luego se hablará.

El libro *Gritos del combate*, publicado en 1875, señala el punto culminante de su esplendor artístico y sirve al propio tiempo para clasificarle, dentro de la nomenclatura literaria. Aunque eminente, por los altos vuelos de su viril inspiración y su forma impecable, no fué un poeta propiamente dicho, por la sencilla razón de que no escribió para toda la sociedad, sino para una determinada clase de la misma, maltratando á otras cruelmente.

Según dice Menéndez Pelayo, «Núñez de Arce pertenece al género de los poetas *civiles*, de los que increpan y amonestan, de los que hacen crugir su látigo sobre las prevaricaciones sociales, de los que imprimen el hierro candente de su palabra en la frente ó en la espalda de los grandes malvados de la historia, ó de los que ellos tienen por tales, pues no se ha de olvidar que el poeta político, en nuestros tiempos, no puede menos de ser un hombre de partido, con todos los atropellos é injusticias que el espíritu de facción trae consigo.»

He aquí en pocas líneas la más justa y acertada crítica de los *Gritos del combate*, libro que no parece escrito por un liberal — y de tal blasónaba Núñez de Arce—, en él se fustiga la revolución con implacable saña. Según el poeta, en aquel agitado período marcha España, por *entre lágrimas y cieno*,

«Roto el respeto, la obediencia rota,
de Dios y de la ley perdido el freno.»

«En medio de esta universal mentira,
de este viento de escándalo que zumba,
de este fétido hedor que se respira,
de esta España moral que se derrumba.»

«Aquella triste y vergonzosa tarde
en que un Senado imbécil y cobarde,
vendió sin fruto y entregó sin gloria,
cediendo á los estímulos del miedo,
el trono secular de Recaredo.»

Un tradicionalista, el citado Menéndez Pelayo, reconviene, por su falta de lógica, al irascible poeta, en los términos siguientes:

«Podría preguntarse, en verdad, al enérgico y catoniano maldecidor, qué tenía de común con el trono de Recaredo el trono que aquella asamblea derribó, y por qué escandalizarse tanto de lo que, después de todo, no era más que una evolución lógica, natural, forzosa y perfectamente legítima dentro de la ortodoxia revolucionaria, de los principios que con dura impenitencia ha profesado, durante toda su vida, el Sr. Núñez de Arce.»

Esta reconvencción del sabio crítico, es la más evidente demostración de la parcialidad del poeta, el cual, intentando curarse en salud, dice, en el prefacio de los *Gritos del combate*:

«... se engañaría grandemente quien me creyese capaz de renegar de una sola de las legítimas conquistas que hemos hecho, á costa de tan duros sacrificios.»

Pues disimula mucho su amor á las conquistas revolucionarias. Si la revolución hizo algo bueno, como indica en su prosa, ¿por qué no lo menciona en sus poesías, en las cuales se limita, por manera exclusiva, á la agria censura y al ataque virulento y sistemático?... El soneto á Voltaire es la más palmaria demostración de su intransigencia; véase el terceto con que termina:

ya el Cristo se desploma; ya las feas
alumbra los misterios del camino;
ya venciste, Voltaire. ¡Maldito seas!

Al poeta político, apasionado é intransigente de los *Gritos del combate*, precedió el poeta ro-



D. GASPAR NÚÑEZ DE ARCE
Grabado de D. Bartolomé Maura

mántico, influido y sugestionado por Espronceda. He aquí, como comprobación de lo que digo, algo de lo que escribía Núñez de Arce en 1864:

«¡Treinta años! ¿Quién me diría
que tuviese al cabo de ellos,
si no blancos mis cabellos
el alma apagada y fría?»

Aún en los últimos años de su vida, que fué cuando yo le conocí y le traté, D. Gaspar era vehemente y apasionado como pocos. Eso de tener el alma apagada y fría á los treinta años, era simplemente una figura retórica, digno *pendant* de lo que dijo su *antecesor* cuando exclamó:

¡Malditos treinta años,
funesta edad de amargos desengaños!...

Quien lea todo lo que escribió Núñez de Arce desde el año 64 hasta su muerte, podrá ver con toda claridad que nunca, en ningún período de su existencia, tuvo «el alma apagada y fría».

Pasado el sarampión romántico—y lo pasó pronto—á quien más se parece es á Quintana, y puede decirse que fué su continuador, aunque con menos fe, sin duda por haber variado el escenario y, naturalmente, la decoración, en desventaja de nuestro poeta.

Espíritu inquieto, viva imagen de su época, al poeta político de los *Gritos del combate*, sucedió el poeta filósofo de *La Duda*, *Tristezas*, *La selva oscura*, *La visión de Fray Martín* y algunas otras composiciones de la misma índole, todas ellas inspiradas y de forma brillantísima, que en esto de la forma alcanzó una suma perfección. Lo mejor que escribió fué, sin duda, el poema *Raimundo Lulio*, en tercetos cincelados, que deben quedar como modelo del bien decir.

El idilio, *Elegía á la muerte de Herculano*, *Ultima lamentación de Lord Byron*, *El vértigo* y otros bellísimos poemas que escribió ya en edad madura, fueron leídos, mejor diré, declamados en el teatro por Rafael Calvo, siempre con éxito brillante, excepcional. Como los poemas eran de primerísimo orden, y Calvo un declamador insuperable, aquellas audiciones constituían verdaderos acontecimientos, después de los cuales los poemas se vendían como pan bendito.

Como digo al comienzo de estas líneas, Núñez

de Arce fué un gran poeta lírico que también escribió para el teatro, por la sencilla razón de que las obras dramáticas producen muchísimo más que los versos, hasta el punto de que un mediano autor de comedias gana diez veces más dinero que el más eminente poeta. Hasta hace muy poco, raro era el periódico donde se pagaban las composiciones poéticas. Núñez de Arce escribió en colaboración con Antonio Hurtado los dramas *El toisón roto*, *Herir en la sombra*, *La jota aragonesa* y *El laurel de Zubia*, este último en un acto y, en verdad, estas obras son muy superiores á las que escribió solo, sobre todo la segunda y tercera de las citadas, se representaron mucho en Madrid y provincias durante algunos años y dieron bastante dinero. Solo, escribió *Deudas de la honra*, *Justicia providencial*, *Quien debe paga*, *Ni tanto ni tan poco* y *El haz de leña*, en tres ó más actos, y los siguientes en uno: *¿Quién es el autor?*, *La cuenta del zapatero* y *¿Cómo se empeña un marido?*...

Todas esas obras están escritas en verso, que era la forma teatral dominante en aquella época. Como se ve, su labor como poeta dramático es corta y, además, muy inferior á su labor meramente lírica. A excepción de las obras que escribió en colaboración con Antonio Hurtado, ninguna quedó de repertorio, y si alguna alcanzó éxito extraordinario al ser estrenada, tal resultado fué debido tan sólo á la brillantez de la forma.

El haz de leña, que es su mejor obra dramática, tampoco quedó de repertorio. Es un drama sombrío, oscuro, en una sola nota y, por consiguiente, lánguido y monótono hasta el aburrimiento, no obstante el subido mérito de su versificación, que en estas, como en todas sus producciones, es magnífica.

Como documento histórico, tiene *El haz de leña* un valor positivo: el de haber destruído la absurda leyenda del príncipe D. Carlos y el de haber retratado á Felipe II con perfecta imparcialidad y sin prejuicios de ninguna clase; pero ahí acaban los méritos sobresalientes de la obra, que no bastan á darle la debida consistencia como obra escénica.

En el extranjero han tratado el asunto de *El haz de leña* respectivamente, Schiller y Alfieri, falseando la historia, y en España, á principios del siglo xvii, el Dr. Pérez de Montalbán, en su comedia *El segundo Séneca de España*, y Ximénez Enciso en la suya *El Príncipe D. Carlos*, muy superior ésta á aquella.

«Advierto en Núñez de Arce—dice el citado Menéndez Pelayo—, sin poder precisarla, una como impresión lejana de la obra de Enciso.»

Es posible que donde la cortesía de Menéndez Pelayo, con su compañero de Academia, no ve más que una impresión lejana, vean otros el origen de *El haz de leña*, por aquello de que

«todo es según el color
del cristal con que se mira.»

Don Gaspar Núñez de Arce, insigne poeta lírico y autor dramático de relativa importancia, fué hombre político, también de importancia relativa, periodista batallador, gobernador, diputado, subsecretario y ministro de Ultramar.

Fué académico de la Española y creo que también, si no me es infiel la memoria, de la de Ciencias morales y políticas, y presidente, muchos años, de la Sociedad de escritores y artistas, desde cuyo cargo veló siempre por la prosperidad y esplendor de la literatura y por el bienestar de los literatos.

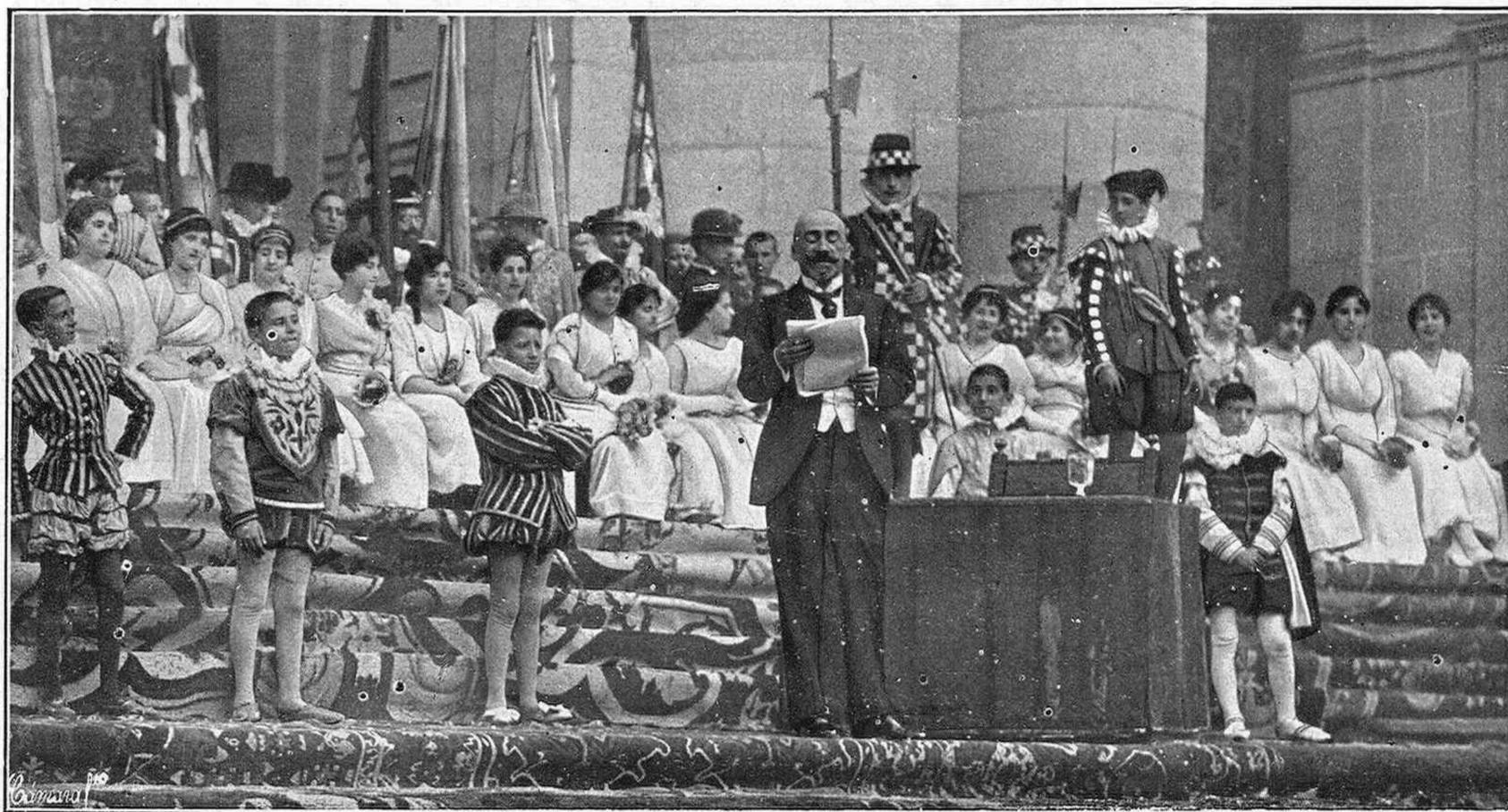
Nació en Valladolid el 4 de Agosto de 1834. Se crió y educó en Toledo, de cuya ciudad fué hijo adoptivo. Vino á Madrid muy joven

«á luchar por la gloria y la fortuna»

y pronto se abrió camino, consiguiendo la primera. Murió en esta villa y corte el 9 de Junio de 1893, después de larga y penosa enfermedad.

FRANCISCO FLORES GARCÍA

LOS JUEGOS FLORALES DE EL ESCORIAL



Jacinto Benavente leyendo su hermoso discurso en el acto de la celebración de los Juegos Florales efectuados en El Escorial el día 29 del pasado

FOT. SALAZAR

EL DISCURSO DE JACINTO BENAVENTE

Al recoger en esta página una nota culminante de la actualidad literaria y social, que así pueden calificarse los Juegos Florales celebrados en El Escorial, con solemnidad y brillantes extraordinarias; reproducimos unos fragmentos del bellísimo, del patriótico discurso leído por su insigne mantenedor Jacinto Benavente, cuya figura se agranda cada día que transcurre, gracias a la ceguera de quienes le hacen víctima de apasionamientos y de injusticias:

«... Mas con ser detestable este optimismo de charca, no es menos detestable ese pesimismo siniestro que, por incapaz del menor esfuerzo, juzga que todo esfuerzo es inútil. ¡Todo está mal! ¡Esto es cosa perdida! ¿Qué puede hacerse? ¿Qué hace uno? Y, claro está, si uno nada puede hacer, y otro tampoco..., uno y otro serán dos, y así sucesivamente nadie hará nada, sin perjuicio de culparse unos a otros porque nada se hace. ¡Harto ha padecido España de este pesimismo que, en rigor, es vagancia, y cuando menos, comodidad!

Abominemos de él, y aunque en las horas más crueles de nuestra vida, ante el dolor, ante la injusticia, ante los males todos, patrimonio de nuestra débil naturaleza, que enumeraba Hamlet como razones suficientes para buscar la apetida calma del no existir en el filo de un puñal, seamos fatalistas, si queréis; pero seámoslo como cierto sujeto, muy convencido de que cuanto sucede en este mundo no puede por menos de suceder, porque así estaba escrito, como afirman los mahometanos...

Sólo pueden creer en el triunfo eterno del mal los que nada bueno llevan en el alma. Cuando nada bueno hallamos en nosotros es cuando podemos decir: todo es malo. Porque es nuestra alma como nuestros ojos, lo primero que en ellos vemos es nuestra propia imagen...

Por eso si nos hablan del mundo ó de la patria, debemos desconfiar de los que todo lo juzgan malo en uno ó en otra... Es que ven un mundo, ven su patria; es decir, se ven ellos...

Hay quien dice amar a España, encontrándolo todo malo en ella... Y para eso... Pero, entonces, ¿qué será lo que aman?: ¡una abstracción, una sombra!

Los pueblos, como los niños, como los ani-

males, también con seguro instinto se percatan bien pronto de que se acercan a ellos con cariño, y de ellos se dejan conducir más fácilmente. Esta es la razón por qué muchos sabios políticos de alta mentalidad, muchos escritores de gran entendimiento, no logran, con asombro suyo y de sus educandos, hacerse escuchar, ni sus enseñanzas influyen como debieran en su país ni en su tiempo; y otros, en cambio, de mentalidad inferior, con menos sabiduría, consiguen persuadir, conmover y educar...

Pues los otros, los más dañinos, que ni luz ni calor nos ofrecen, ni amor ni entendimiento...

Pretenden educarnos sin amar y sin conocer... ¡Cuántos de éstos ha producido y produce España...! Todo les parece malo en ella, y ni siquiera saben de su Geografía y de su Historia.

Y es el conocimiento de su Geografía y de su Historia lo que da a los pueblos conciencia de sí mismos. ¡Geografía de España tan ignorada! ¡Historia de España tan mal sabida!

Si en mi mano estuviera, yo dispondría que ningún hombre político pudiera gobernar a España sin haber viajado por toda ella; pero no como suelen, en ocasión de festejos y regocijos... Bastaría con que pasaran una buena temporada en algún humilde lugar, de esos olvidados hasta en la Geografía... Los labriegos castellanos dicen con mucha filosofía: «Quien ve un pueblo, ve un reino.» Si nuestros políticos supieran de la vida de muchos pueblos, más acertados andarían en gobernar el reino...

Y ¿qué decir de nuestra Historia? La Historia de España, tan falseada por extranjeros, y lo que es más triste, por la pasión política de los nuestros. ¿Qué horrores no se habrán escrito en nuestro fanatismo religioso de la Inquisición española, de nuestras crueldades coloniales?

¡Como si todo ello hubiera sido patrimonio nuestro! ¡Como si España hubiera sido cosa afecta a la Historia del mundo!

Se llama a Felipe II el demonio del Mediodía, y en su tiempo reinaba Isabel de Inglaterra, más cruel, más fanática perseguidora de sus enemigos personales que lo fuera nunca Felipe II, de los que él, a lo menos, con más amplio y generoso espíritu, sólo consideraba enemigos de la fe católica y de la unidad espiritual de su Imperio.

En el afán de calumniar a España se ha llega-

do a culpar a la religión católica de nuestra decadencia... ¿A la religión? No fué la religión, y nuestra falta de verdadero espíritu religioso sí fué, y es ahora, culpable de nuestra decadencia. Y por espíritu religioso entiendo yo un absoluto desprendimiento de nosotros mismos, que pone sobre nuestras acciones una aspiración ideal, sin percepción de recompensa inmediata... esa creencia en la inmortalidad que nos lleva a poner la mira de nuestras obras más allá de la muerte, más allá de nosotros mismos...

Y nosotros, españoles, que tanto hemos de amar a nuestra Patria, tan necesitada del amor de todos, no olvidemos que la Patria, como Dios mismo, si es algo que está sobre nosotros, nunca está con más verdad que cuando está en nosotros mismos. Que cada virtud nuestra sea una virtud de nuestra España; que cada uno de nuestros pasos, si son buenos, harán mejor el camino, y que el verdadero patriotismo no esté en gloriarnos de ser hijos de nuestra Patria, sino en ser nosotros tales, que allí donde estemos y donde fuéremos, vayamos con nosotros la justicia, la lealtad, la abnegación, la intención honrada y el propósito noble... Y antes que nosotros ufanarnos de nuestra Patria, sea el extraño quien se ufane de nosotros, y por los hijos conozca a la madre, y todos digan con respeto: «En verdad que estos hombres buenos, de buena Patria son, sin duda alguna.»

En lugar estamos, más que ningún otro, propicio a despertar nuestras almas... Esta fábrica de austera majestad española, a un tiempo palacio, tumba y templo... nos obliga a pensar en la vida, en la muerte y en la inmortalidad... Por nuestra vida, la que simboliza el palacio donde se gobierna, se legisla, se ordena... y todos gobiernan, legislan y ordenan en nuestra propia vida, que es la vida de España... podemos hacer de España tumba ó templo. Tumba, si hundidas nuestras almas en el egoísmo infecundo, no sólo hacemos mal, sino que estorbamos el bien que otros puedan hacer; templo, si con el corazón en alto, en alto por la cruz redentora sobre estas cúpulas del Monasterio, y por España, trabajamos todos con la fe en tantas grandezas futuras como fueron las grandezas pasadas, de que dan fe estas piedras firmes, tan firmes como el alma inmortal que alienta en ellas..., el alma de nuestra España.»

DE NORTE A SUR

Una postal curiosa

¿Recordáis una fotografía que representaba á los reyes de Bélgica, paseando, bajo la penumbra de una mañana lluviosa, á lo largo de una playa solitaria? Una vaga melancolía buscaba consonantes en nuestra alma para aquel fotográfico poema. Las dos siluetas gallardas iban lentas por el último límite libre de su reino casi perdido. Hasta allí le siguieron sus tropas leales como en los viejos romances caballerescos de otro tiempo; pero parecían estar solos, abandonados á su glorioso vencimiento, como en las modernas novelas de Daudet, de Lemaitre, de Abel Hermant...

No era esa caricatura—caricatura trágica, desoladora, á semejanza de las que publicaba el ex-admirable *Simplicissimus* antes de que los lápices de Gulbranson, de Heine, de Bruno Paul, se afilaran en las espuelas de la oficialidad germánica—del reino belga existente en el Havre lo que sugería tal documento gráfico, que en su realismo le brotaba el idealismo con la gentil arrogancia de una flor ó de un surtidor cristalino. Era algo más íntimo, más opuesto á la barbarie pasiva de los indocumentados españoles, que admiran la otra barbarie activa del militarismo. Ante la afirmación de una tierra, belga siempre—como francesa lo fueron y lo serán siempre Alsacia y Lorena—, pero que además no vió sobre su suelo las fugitivas sombras de las banderas alemanas interpuestas entre ella y el sol, presentimos la futura germinación de las reconquistas próximas. Claro es que de un modo fervoroso, immaculado de arrogancias y desplantes bélicos, con la misma fuerza silenciosa de las conciencias que iba en invisibles é impalpables besos por las frentes de los primitivos cristianos refugiados en las catacumbas.

Ahora volvemos á sentir, momentáneamente, esta desinteresada alegría de hallar otro pedacito de tierra belga que conserva intacta su libertad. Se llama Baarle Hertag—en francés Baarle Duc—y está cercada por territorio neutral holandés, que las tropas alemanas no pueden violar. Tan cerca de las ciudades invadidas y tan lejos, sin embargo, de las leyes terribles y transitorias de los invasores.

Y, lógicamente, se ha pensado en aprovechar esa impunidad territorial para expedir tarjetas postales á todo el mundo, con sellos y matasellos belgas, á beneficio, primero de la Cruz Roja, y después, de una agencia que supo ver á tiempo el negocio.

Se ha pensado en los millones de filatelistas que hay en todo el mundo y que no dejarán de pedir estas tarjetas franqueadas con sellos belgas en fechas y sitios que parecían sujetos á la dominación teutónica y que, en virtud de su situación geográfica, permanecen libres. Como siempre, la paz, la inofensiva y plácida candidez acude en socorro de los hombres que la guerra inutilizó. Porque no me negaréis que el coleccionista de sellos es, después del

pescador de caña, el hombre más pintorescamente inofensivo y adormecido de este mundo.

La Cruz Roja belga—ó por lo menos la agencia de *Brevet d'Inventions*, que detrás de ella se escuda, en este caso—ha sabido elegir bien el medio de aumentar sus ingresos. Si hubieran vendido ejemplares de aquella fotografía que representaba á los reyes de Bélgica paseando, lentos y tristes, en una playa solitaria, bajo la lluvia, nadie las habría comprado.

Y, sin embargo, aquella fotografía era más conmovedora, se ahondaba más en el corazón, que esta tarjeta postal.

Las mujeres aguardan

Hay un detalle en los cuadros de Julio Romero de Torres que suele pasar inadvertido y que es la más palpante fibra de todo su arte. Son esas mozas morenas, semiborradas por la indecisa contraluz de los vespéros andaluces, y que aguardan recostadas en el quicio de una puerta. Siempre existe una mujer que espera en los cuadros del joven maestro cordobés, como un símbolo de la misión femenina.

Las mujeres aguardan siempre. Las desarrai-



Aldeanas de Spreewald, con sus hijos, ocupadas en hacer calcetines para los soldados alemanes

gadas, las libertadas son las que salen al encuentro de las cosas que debieron esperar. Pero la mayoría se resigna consciente ó inconscientemente y aguardan á la felicidad ó al infortunio, al amor ó á la muerte.

En toda historia de hombre hay varias esperas impacientes de mujer. Se piensa en las esperas de la madre, cómplice de las primeras escapatorias nocturnas; de la novia, detrás de los cristales del balcón ó de la penumbra florida de las rejas; de la esposa, en las madrugadas interminables, cuando el marido se divierte lejos de ella ó sufre cerca de ella, enfermo y calenturiento.

Y se piensa en las otras esperas más colectivas y más lacerantes de los pueblos pesqueros durante los ocasos de invierno y de tempestad, y éstas, aún más terribles todavía, de tantas mujeres que vieron partir para siempre los hombres hacia la guerra.

Ved estas campesinas alemanas de Spreewald que, á las puertas de sus casas, mientras hablan en el arcaico dialecto de su antiquísima raza de los Wenden, hacen medias para los hombres que cambiaron la esteva por el fusil. Todas ellas, aun las niñas, esperan los retornos felices ó las noticias negras. Incluso



UNA TARJETA POSTAL CURIOSA

Tarjeta postal, con sellos de franqueo belgas, expedida desde Baarle-Duc

esta única enlutada, que ya supo de la muerte del hombre amado, pero aguarda el triunfo de la patria como consuelo.

Mientras tanto, sobre ellas, como una amenaza que se hizo realidad, hay dos «blancos de zonas», en los que los hombres, ahora ausentes, ejercitaron su vista para no errar corazones enemigos.

Tan inconscientes ó tan conscientes de su única misión, estas mujeres no han destruído esos blancos, pensando en los futuros peligros aprendidos en los actuales infortunios. Allí los encontrarán los pocos hombres que vuelvan.

Aniversario

Se ha cumplido el aniversario de la gloriosa batalla del Marne, que hizo cruzar por los campos de Francia la luminosa sombra del hombrecito menudo, con su capote gris, su tricorno negro y su mechón característico sobre la frente bombeada de pensamientos, como un vientre femenino por el secreto de la vida.

Jamás pudo imaginarse tan espléndido abono para la tierra. La codicia de unas naciones y la heroica embriaguez de otras, enviaron sus juventudes, capaces de engrandecer las artes, las ciencias y las industrias á todo lo contrario.

Estas juventudes, empujadas bárbaramente hacia la muerte, no han servido más que para fecun-

dar, para abonar la tierra, pudriéndose dentro de ella. ¡Así ha nacido de lozano el trigo!

Ya están bien altas y bien doradas las espigas. Bajo el sol de Agosto podrán brillar las hoces como antes brillaron los sables y las bayonetas bajo los otros mortíferos y breves centelleos de las granadas. Se cortarán espigas, como se cortaron cabezas humanas; se atarán gavillas, como se amontonaron cadáveres, para incinerarlos, y el recuerdo del bucólico Millet, con sus *Glaneuses*, borrará, momentáneamente, el recuerdo de las otras espigaderas que recorrieron los campos de batalla, todavía cálidos del fuego homicida y ya infestados de putrefacción...

Pero este año en los trigales hay de cuando en cuando unas rojas ondulaciones, que no son las otras minúsculas de las amapolas. Las amapolas que en tiempo de paz parecían ensangrentar el mar aurífero de las espigas.

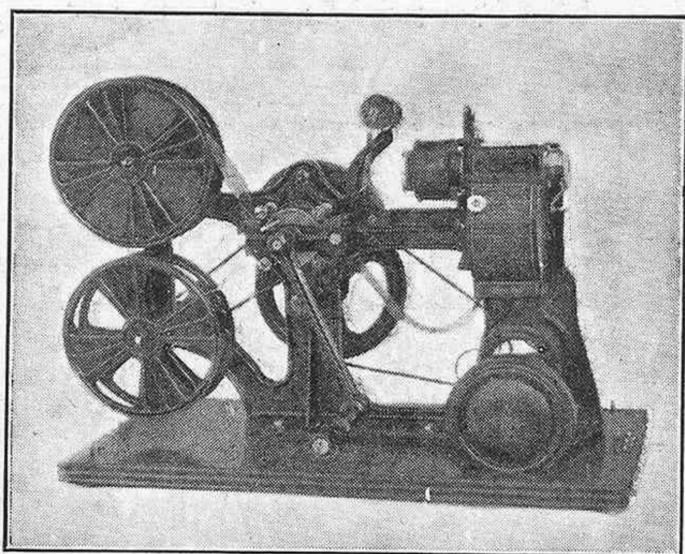
Las rojas ondulaciones de este año son también blancas y azules, según el capricho del aire. Es la bandera francesa que, de cuando en cuando, señala una tumba. ¡Inocente vanidad de la gloria!

¿Acaso no hay más muertos que esos de las tumbas aisladas? Hay más, muchos más, tantos casi como panes puedan surgir del trigo segado este año. Tantos innominados incógnitos y que, sin embargo, podrían decir, con la voz que ya no quiere oír la humanidad, las palabras bíblicas, ofreciendo la propia carne en el pan cristiano...

José FRANCÉS



La tumba de un soldado francés, que murió en la batalla del Marne, casi cubierta por los trigos que han crecido á su alrededor.



CINEMATÓGRAFO KOK

No necesita instalación especial; no exige operador: un niño puede manejarlo sin el menor peligro :: Las películas son incombustibles :: Puede enchufarse á la instalación de una bombilla eléctrica corriente y puede manejarse á mano.

Agentes exclusivos para España y Portugal: **VILASECA Y LEDESMA** MAYOR, 18 entresuelo

Agentes exclusivos para España y Portugal: **VILASECA Y LEDESMA** MAYOR, 18 entresuelo



L'ÉPIVER

PARIS

LES ESSENCES - SAVONS -
POUDRES DE RIZ
CAUX DE TOILETTE - LOTIONS -

DES
PARFUMERIES

AZUREA

FLORAMYE

POMPEIA

SONT TRÈS APPRÉCIÉS
PARCE QU'ILS SONT
SUAVES, TENACES
DÉLICATS.

*Lea Ud. todos los meses
la interesantísima revista*

Por Esos Mundos

Arte ≈ Ciencias ≈ Literatura ≈ Historia ≈ Teatro
Modas ≈ Deportes ≈ Poesía ≈ Viajes ≈ Novelas
Actualidad ≈ Encuestas ≈ Curiosidades ≈ Concursos

PRECIO: UNA PESETA EN TODA ESPAÑA

KÁULAK

FOTÓGRAFO

ALCALÁ, 4

MADRID

El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA

Del Amor,
Del Dolor
y
Del Misterio

LIBRO DE POESÍAS

originales de

EMILIO CARRÉRE

4 PESETAS

Pídase á "Prensa Gráfica" Hermosilla, 57, Madrid

Se admiten suscripciones y anuncios para esta revista en la
LIBRERÍA DE SAN MARTÍN
PUERTA DEL SOL, 6 MADRID

COMPañY

FOTÓGRAFO

29, FUENCARRAL, 29

IMPRESA DE «Prensa Gráfica», HERMOSILLA, 57, MADRID

BIEDMA
FOTÓGRAFO

23, ALCALÁ, 23

Casa de primer orden Hay ascensor

Lea Ud. los sábados

"NUEVO MUNDO"

30 céntimos número

TAPAS

para la encuadernación de

"La Esfera"

confeccionadas con gran

lujo

PRIMER TOMO PARA EL AÑO DE 1915
A 4 pesetas el juego de tapas para un semestre

SE VENDEN EN LA ADMINISTRACIÓN DE **Prensa Gráfica (S. A.)**

:- HERMOSILLA, 57 :- MADRID :-

Para envíos á provincias añádanse 0,40 de correo y certificado

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE TEXTO, DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS